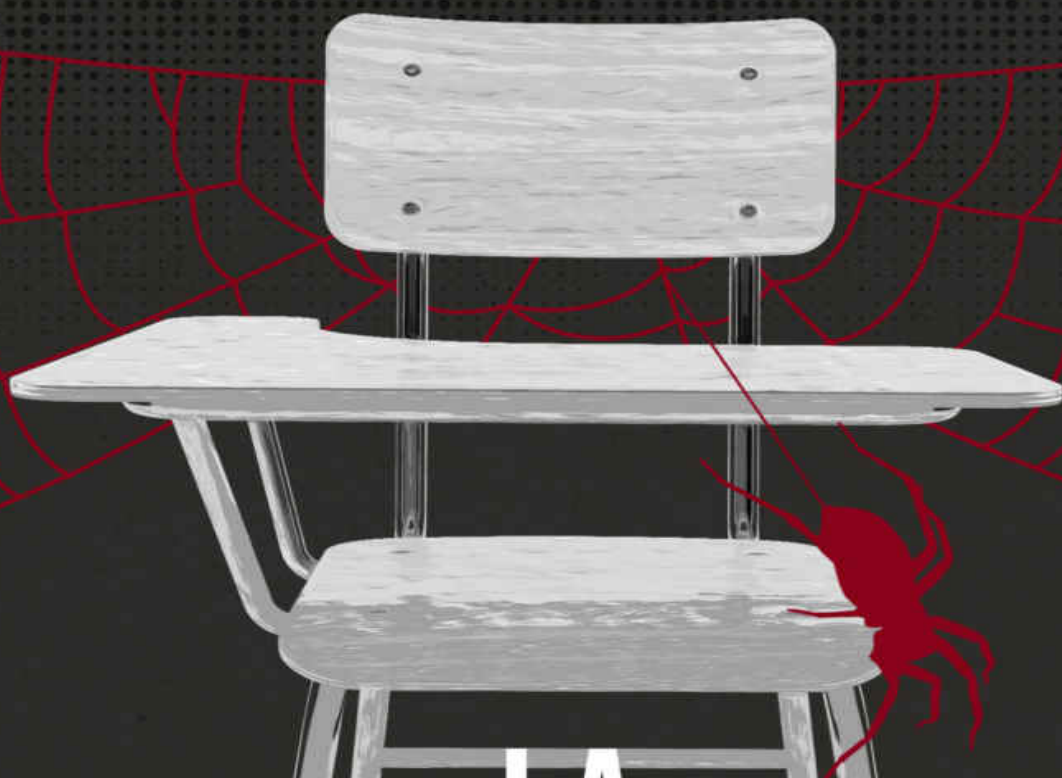


UN MISTERIO CORTO DE CAFÉ LEVIN



LA CLASE ENVENENADA

AUTOR PRESELECCIONADO PARA EL PREMIO
CWA/MARGERY ALLINGHAM DE MISTERIO CORTO

LUCAS POGRZEBNY

UN MISTERIO CORTO DE CAFÉ LEVIN



LA
**CLASE
ENVENENADA**

AUTOR PRESELECCIONADO PARA EL PREMIO
CWA/MARGERY ALLINGHAM DE MISTERIO CORTO

LUCAS POGRZEBNY

Pogrzebny, Lucas

La clase envenenada / Lucas Pogrzebny. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Lucas Pogrzebny, 2022.

Libro digital, eReader

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-88-5058-0

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Policiales. 3. Novelas de Misterio. I. Título.
CDD A863

LA CLASE ENVENENADA

Copyright © Lucas Pogrzebny, 2022-2024

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro sin el permiso previo por escrito del autor.

Este es un trabajo de ficción. Todos los nombres, personajes, negocios, compañías, organizaciones, lugares, eventos, locales e incidentes son producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia. Cualquier similitud con eventos reales, lugares reales, negocios reales, compañías reales, organizaciones reales, locales reales, incidentes reales, o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

ISBN: 978-987-88-5058-0

Primera edición digital: marzo de 2022

Segunda edición digital: marzo de 2024



www.lucaspogrzebny.com.ar

OTROS LIBROS DE LUCAS POGRZEBNY

SERIE DE CAFÉ LEVIN

La última crítica

La clase envenenada

SERIE DE ROUGEMOON NOIRCHÂTEAU

Banquete de sombras

Celebración de penumbras

TÍTULOS ÚNICOS

El aula perdida

COLECCIONES DE CUENTOS

Night Hint (Solo en inglés)



PRÓLOGO

El pupitre escolar estaba vacío.

Solo se dieron cuenta cuando el director de la secundaria *Buenos Aires Bright Coat High School* ingresó al aula del 5.º A, haciendo que los alumnos que aún discutían trivialidades en el pasillo se apresuraran a entrar y se sumaran a los pocos que habían permanecido dentro todo el recreo, haciendo alguna tarea o recuperando el sueño. Fue cuando no hubo más movimiento y las diecinueve figuras inmóviles de uniforme gris se quedaron mirando al director que estaba de pie detrás del escritorio del profesor, cuando se dieron cuenta de que alguien no había regresado.

—Erika Fausgerard acaba de ser trasladada de urgencia al hospital —dijo el director tras una breve mirada al pupitre de la primera fila—. Ingirió veneno durante el recreo.

El aula estalló, llenándose de murmullos mientras todos escudriñaban a sus compañeros. El director volvió a silenciar el ambiente con un simple carraspeo y agregó:

—¿Quién estuvo con ella durante el recreo?

El silencio fue fúnebre. La luz extremadamente brillante que entraba por las amplias ventanas y rebotaba en la madera de los pupitres era cegadora y cubría la situación con un velo onírico.

—¿Nadie? —preguntó el director y, con un suspiro decepcionado, miró hacia la puerta, dejando claro que aquello no era ningún sueño.

Como si fuera una señal, un hombre de baja estatura que vestía un maltrecho traje marrón entró en la sala y cerró fuertemente la puerta tras de

sí. Sin perder un segundo, se dirigió ruidosamente a ocupar el lugar del director, que se apartó con cierta reticencia. Durante un instante, el hombre contempló todos los rostros de aquella clase y luego, satisfecho, apoyó dos manos curtidas sobre el escritorio del profesor.

—Acaban de asesinar a una compañera suya en estas instalaciones —dijo severamente y solo continuó tras analizar el efecto de la información—: De acá no se va nadie hasta que tenga el nombre del culpable.

Las palabras aturdieron los sentidos de los presentes, e incluso el director dio un respingo. El miedo se apoderó de todos, y nadie supo cómo manejar la situación. Estaba muy lejos de la incomodidad y la incertidumbre previas a dar un examen final; era como si alguien los hubiera envenenado de repente a todos con el terror.

Lo que los alumnos escuchaban sonaba a algo ajeno, directamente sacado de una película, de una novela, de una obra de ficción... de cualquier lugar menos de un aula de la *Bright Coat*. Y dentro de ese océano de miedos, había dos individuos afectados de forma diferente que la persona promedio.

Uno de ellos era el asesino escondido entre el alumnado, presumiblemente escuchando lo que el hombre y el director estaban diciendo en ese mismo momento.

Y el otro era Polo Levington, que en su pupitre junto a la ventana había comenzado a respirar conscientemente.

«Asesinar».

«Culpable».

Hacía diez años que Polo no escuchaba esas palabras y, sin que supiera lo que le depararían los próximos días, volvían a marcar el preludio de un nuevo levantamiento de telón en su vida.

Su papel de estudiante, su destino profesional, su vida en Buenos Aires...

Todo estaba a punto de cambiar.

ÍNDICE

[Otros libros de Lucas Pogrzebny](#)

[Prólogo](#)

1. [Una telaraña escolar](#)
2. [El asesino de la Bright Coat](#)
3. [La soledad del comedor a las siete y media](#)
4. [La otra fanática del misterio](#)
5. [Autor intelectual](#)
6. [La botella ausente](#)
7. [La chica del cabello corto](#)
8. [El profesor suplente](#)
9. [Un toque de rojo](#)
10. [El sabor del veneno](#)
11. [Un día de clase como cualquier otro](#)

[Epílogo: De este lado del cristal](#)

[Postfacio](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca del autor](#)

[Otros libros de Lucas Pogrzebny](#)

CAFÉ LEVIN
CASO N° 000

«La clase envenenada»

GUÍA DE PERSONAJES

BUENOS AIRES BRIGHT COAT HIGH SCHOOL

Charlotte Cuorelworth Delegada de la clase 5.° A
Miro Polporalioni Estudiante de 5.° A
Paula Anderhoms Estudiante de 5.° A
Nuria Casteviert Estudiante de 5.° A
Annie Ralenard Estudiante de 5.° A
Margo Halinsford Estudiante de 5.° A
Emilia Bowenherd Estudiante de 5.° A
Erika Fausgerard Estudiante de 5.° A
Juan Langvier Profesor suplente de Literatura
Mr. Magraldez Profesor de Matemáticas
Mrs. Kesslehrn Cocinera
Mrs. Ruersett Enfermera
Gabriela Empleada de la cafetería
Polo Levington / «Levin» ?

AL SERVICIO DE LA LEY

Armando Vartona Inspector de la Policía

A. Vartona

UNO



UNA TELARAÑA ESCOLAR

Ante las miradas impasibles del hombre de traje raído y del director, este último como una sombra pegajosa un paso detrás del otro, los diecinueve alumnos del curso de 5.º A permanecieron en silencio.

—Conque esas tenemos —dijo el hombre, y sus duros rasgos se acentuaron aún más—. Por desgracia para ustedes, son apenas las once de la mañana, y hoy no estoy *tan* apurado.

Lo que el hombre no pareció entender fue que el silencio no se debía a una falta de cooperación o interés. La noticia simplemente había caído como una bomba de acción retardada. Pero fue solo unos momentos después que comenzó la reacción en cadena.

—¿Erika está muerta?! —exclamó Margo Halinsford, una alumna de rostro sencillo y pelo cobrizo, desde su pupitre en la segunda fila.

—¡No, no! —El director dio un paso consternado y se ganó la mirada envenenada del otro hombre—. Nadie dijo eso... Acaban de trasladarla al hospital.

—Él lo acaba de decir —respondió Margo por lo bajo.

El hombre de traje levantó una mano que pareció dirigirse al director de la institución para callar lo que fuera a decir.

—Soy Armando Vartona, Inspector de Policía. ¿Qué edad tenés, nena?

—Dieciocho —respondió Margo.

—*Correcto*. Vi la lista de este curso y confirmé que ya todos tienen dieciocho años de edad; no hay necesidad de hablarles con eufemismos: Erika Fausgerard acaba de ingerir *veneno*. Vomitó sangre y se desmayó en

el comedor. Que no esté muerta todavía bien podría ser un milagro... pero como yo no creo en los milagros, háganse a la idea de que es solo cuestión de tiempo. No se va a salvar.

El rostro de Margo palideció y ella perdió las ganas de volver a abrir la boca. El director se pasó una mano por la frente transpirada y dejó escapar otro suspiro. La idea de la muerte de una compañera de curso —junto con los horribles detalles— cayó sobre todos como un balde de agua fría.

—Así que voy a repetirlo, ¿quién estuvo con ella?

El chirrido desprolijo del ventilador, que había estado encendido todo el tiempo, empezó a calar en los nervios del alumnado. El director se acercó al interruptor y lo apagó, haciéndole un gesto de pulgar arriba al Inspector Vartona, gesto que este no devolvió. Por el contrario, el Inspector no aflojó con su presión y repitió que tenía todo el día para dedicárselo al 5.º A. La advertencia, sin embargo, no pareció cambiar la opinión generalizada.

—Disculpe... —dijo una alumna de pelo rubio dorado desde su pupitre junto a la ventana de la segunda fila. Su actitud revelaba una maestría en el manejo de situaciones tan tensas y, a diferencia de la chica anterior, se notaba en su tono de voz que no estaba demasiado conmovida por la historia—. ¿Quién dio aviso a la Policía?

Veinte pares de ojos desorbitados se clavaron en ella, incluidos los de Vartona. El Inspector se giró incrédulo hacia el director, pero este también se quedó asombrado.

—Ah, soy Charlotte Cuorelworth, delegada de la clase. No quise insinuar que llamar a la Policía fuera algo indeseable. No, no... —La chica suspiró como si estuviera un poco decepcionada con todos a su alrededor—. Me refiero a que la persona que dio aviso a la Policía debe haber estado con Erika en el recreo, o debe saber quién lo estaba, ¿no le parece?

El Inspector la miró fijamente.

—¿Y dónde estaba *usted*, señorita?

—¿Yo? Acá. No me moví de mi pupitre en todo el recreo.

En el lugar a su derecha, Paula Anderhoms, una chica con pecas y de cabello castaño hasta los hombros, respiró hondo e intercedió, tras armarse de valor.

—Puedo confirmarlo. Yo estuve con ella. Nos pasamos todo el recreo en el aula porque Charlotte me estaba ayudando a resolver unos problemas de matemáticas.

Varias personas, entre ellas la joven que había hablado primero, les dirigieron una mirada irritada. El inspector no se inmutó y, por el contrario, siguió contemplándolas en silencio por unos instantes. ¿Le estaban mintiendo? Eso parecía ser lo único que debatían sus ojos. Quedaba claro que, para él, los diecinueve alumnos de la clase se habían convertido ya en diecinueve sospechosos; y para colmo, como el colegio no tenía cámaras de vigilancia, eran diecinueve sospechosos cuyas alegaciones tenía que diseccionar una por una para llegar a las entrañas del asunto.

—La persona que descubrió el cuerpo fue la joven que trabaja en la cafetería —concedió de pronto el inspector—. Encontró a la alumna desmayada sobre su propia sangre. Ella y la cocinera están siendo interrogadas.

Charlotte, que no por nada era la delegada de la clase, volvió a levantar la mano. Ni el inspector ni el director dieron ninguna señal para autorizarla a hablar, pero ella tampoco la esperó.

—¿Quiere decir que fue envenenada en la cafetería, con comida?

Polo Levington contempló el vaso de café vacío junto a uno de sus pies y pudo percibir los sutiles movimientos a su alrededor. El inspector también cazó los sonidos con cierto deleite. Más de una persona había estado merodeando por la cafetería durante el recreo.

—Esta es la última oportunidad —dijo Vartona, ignorando la pregunta de la delegada—. ¿Hay alguien más que quiera decir algo y evitarles así a sus amiguitos el calvario que les espera a todos?

Dejó un silencio para que la pregunta pinchara. Luego, el director le dijo algo por lo bajo, y el Inspector Vartona asintió, sin apartar los ojos del aula. Giró la cabeza y chequeó la hora en el reloj que colgaba en lo alto de la pared. Hecho esto, y sin decir nada más, se retiró con las manos en los bolsillos de su saco, dejando la puerta abierta como una invitación que no aceptaría un *no* por respuesta.

La mirada del director abarcó todos los pupitres y, sin dirigirse a nadie en particular, informó:

—El inspector quiere hablar con cada uno de ustedes en mi oficina... El profesor Magraldez, del Departamento de Matemática, también se encuentra ahí. Vamos a venir a buscarlos uno por uno, y estaremos presentes durante las preguntas que les haga el inspector. Para ayudarlos y acompañarlos en el... momento.

Pareció hacer un esfuerzo por no decir *interrogatorio*.

—Vamos a hacerlo por orden alfabético de apellidos. La primera persona es —dijo, agarrando la planilla de la mesa del profesor—, ¿Paula Anderhoms? —Sus ojos buscaron en el aula, desorientados.

La chica de pelo castaño hasta los hombros que había saltado para corroborar la coartada de la delegada se puso de pie. Muda, lanzó una fugaz mirada a su amiga y salió a paso firme delante del director cuando este volvió a dirigirse al resto de la clase.

—Les pido que se comporten mientras estén solos.

Con esto, el director cerró la puerta tras de sí.

El estallido incontrolado de voces que surgió a los pocos segundos —ya no disimuladas en murmullos— fue previsible. También lo fueron los ruidos de los pupitres de hierro siendo arrastrados, los zapatos repiqueteando en el suelo y las sillas que aterrizaban en nuevos lugares. A pesar de todo esto, nadie regresó para castigarlos. Los ayudaba el hecho de que eran la única clase de quinto año y que tenían todo el quinto piso de la escuela para ellos solos. Además, el resto del colegio ya estaba en sus últimas clases de la mañana, por lo que no se escuchaba ni un solo sonido proveniente de los pasillos. Un grupo de chicas, lideradas por Annie Ralenard, una joven de pelo corto y rojizo, le arrojaron unos papeles a otra alumna —una de anteojos y cabello oscuro hasta los hombros con una sola trenza— que pareció no percatarse de ellas, aun cuando la impactaron en la espalda y las chicas se rieron. Por otro lado, el capitán del equipo de fútbol se acercó a la puerta y la abrió apenas unos centímetros, tratando de anticipar cuándo regresarían a buscar a la siguiente persona.

Había otro elemento que reforzaba la total libertad en la que los habían dejado, y era el hecho de que dentro de aquella aula no había riesgo alguno. Dieciocho jóvenes a una semana de terminar el colegio no solo eran dieciocho sospechosos: también eran dieciocho guardianes. Y aunque todos se acercaban a conversar solo con sus subgrupos, quedaba claro que nada que nadie pudiera hacer en aquel espacio cerrado y rodeado pasaría desapercibido para los demás.

—Así que estamos siendo vigilados por nosotros mismos —dijo Miro Polporalioni, un alumno alto, de pie junto al pupitre de Polo Levington en la cuarta fila, y se pasó una mano por su pelo desgreñado, que le daba un aire

leonino—. Qué quilombo, ¿no? Aunque puede que haya sido un accidente y nada más.

Le hablaba a Polo, pero los ojos grises de Miro estaban puestos en la delegada de la segunda fila, que le devolvió una mirada entendedora; el joven asintió ligeramente, aunque Charlotte no pareció compartir su nivel de optimismo. El semblante de ella era de pura concentración, y ni siquiera parecía estar escuchando a las dos alumnas que se le habían acercado para conversar.

Abruptamente, Polo se puso de pie y sobresaltó a Miro.

—Voy al baño —dijo, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón de su uniforme.

Ahorrativo en movimientos, intentando pasar desapercibido, sin darle mayor importancia al pedido del director, cruzó el aula entre los pupitres y entre las conversaciones que se desvanecían a medida que pasaba.

Nadie le dijo nada, pero los murmullos imposibles de descifrar acompañaron a Polo en cada uno de sus pasos.

Él era el verdadero muerto de la clase.

No había ningún tipo de *bullying*, era más bien una actitud consciente de evitarlo e ignorarlo, como si estuviera maldito. Nadie parecía pensar demasiado en él —ni tampoco pretender demasiado de él— excepto Miro y Charlotte. Pero ellos eran dos de veinte; aún quedaba el otro noventa por ciento de la clase para el que él simplemente no existía.

El capitán del equipo de fútbol se dio vuelta y lo miró. Si Polo hubiera sido un amigo, lo más probable es que le hubiera advertido que volviera a su pupitre para que no se metiera en problemas... pero como se trataba de Polo Levington, se limitó a hacerse a un lado y lo dejó pasar, cerrando la puerta tras él y aislándolo en el solitario pasillo.

Polo oyó las risas del otro lado y se dio cuenta, por la forma casi imperceptible en que temblaba el pomo de la puerta, de que el capitán estaba ejerciendo fuerza sobre él, prohibiéndole así reingresar al aula aunque quisiera. Querían que el profesor, el director, o peor aún, el inspector, lo encontraran merodeando fuera de la sala cuando regresaran a buscar al siguiente alumno para interrogarlo.

Polo se dio vuelta y caminó a lo largo del tramo silencioso. A cada paso, la cacofonía de su clase bajaba en volumen, hasta que desapareció por completo cuando pasó junto a la puerta cerrada de la enfermería. Entró en el

baño que había al final del pasillo —en el extremo opuesto a la oficina del director—, el que tenía un cartel de «Fuera de servicio», y cerró la puerta tras de sí.

Cuando las luces automáticas cobraron vida, abrió la canilla de agua fría, lo único que funcionaba, y dejó que la cascada helara sus pálidas muñecas. Sus ojos azules en el reflejo parecían apagados, como dos zafiros deslucidos que se perdían contra el blanco de su semblante. Inhaló y exhaló pesadamente, dejando que el agua hiciera el resto del trabajo. Se moría por un café.

Ese estado era un llamado de atención. Cuando el director había dado la noticia, y cuando el inspector había reforzado el mensaje, habían abierto sin querer un gabinete en el cerebro de Polo Levington. Un gabinete que usualmente tenía la consistencia de una caja fuerte, pero que ahora tenía mágicamente la precariedad de una caja de bombones.

Y en su interior, guardaba *aquel* recuerdo de su infancia.

«*Dijeron que Erika vomitó sangre y se desmayó...*», pensó sin querer y sintió una ligera arcada. De golpe, pudo percibir la bilis subiendo por su garganta; escupió, y su mirada se escapó al tacho de basura. Estaba repleto de toallas de papel, entre las que le pareció ver una teñida completamente de rojo. Era como si ese color lo persiguiera, por debajo de los elementos cotidianos, pero siempre esforzándose por alcanzarlo y tocarlo. Por *asfixiarlo*.

Una voz femenina se sumó desde las profundidades de sus recuerdos de la infancia. «*No tengas miedo...*», comenzó, y obligó a Polo a echarse agua helada en la cara.

Consiguió calmarse un poco. Intentó no recordar más, no hundirse en las palabras de aquella mujer de su pasado, en aquella voz apagada pero cautivadora, aquel largo cabello oscuro, aquella tez nívea, aquellos labios carmesíes abriéndose en un horrible presagio...

Polo cerró la canilla abruptamente.

«*El incidente de Erika no tiene nada que ver con el mío.*»

Y al mismo tiempo... parecía que todo tenía algo que ver con eso.

Era su propio pasado, su propio yo, y lo llevaba auestas. Había pasado una década y, sin embargo, las meras palabras asociativas parecían ser suficientes para desestabilizarlo.

A través del espejo, su mirada se dirigió hacia una gran telaraña en un rincón del techo frente a los cubículos. No tenía nada que ver con la supuesta alta sociedad del lugar; era un claro reflejo de que ese baño, al que solo él parecía ir, también empezaba a corromperse cuando se abandonaba. Una pequeña pero oscura araña permanecía inmóvil en un extremo de la tela, atenta a las vibraciones de otro diminuto ser en el centro, igualmente congelado, pero en una situación radicalmente distinta.

Polo pensó en la chica, Erika Fausgerard. Parte de una camarilla de populares y bastante vanidosas hijas de fortuna de la clase, Erika se encontraba entre ese noventa por ciento que no vería su semblante afectado en lo más mínimo si él se muriera en el acto. Y, sin embargo, Polo sí sentía un poco de pena... o algo parecido.

Después de todo, la verdadera muerte del grupo posiblemente fuera ella.

Volvió a enjuagarse la boca y la cara y, tras una última mirada a la telaraña cargada de tensión, regresó al aula para encontrar que la puerta ya no estaba cerrada y que el capitán del equipo de fútbol había vuelto a su pupitre. No le costó entender el motivo cuando vio a Charlotte con los brazos cruzados frente al pizarrón y se ganó una mirada decepcionada de todos, que probablemente habían esperado a Paula Anderhoms, pero al instante volvieron a ocuparse de sus propios asuntos cuando vieron que la delegada lo encaraba a él.

—Lev —comenzó Charlotte—, si alguien rompe las reglas en estas circunstancias, yo soy la que paga los platos rotos.

Polo asintió un poco desganado.

—Disculpá... —le dijo.

Ella suspiró y sonrió ligeramente.

—¿Y? —agregó Charlotte, tomando a Polo por sorpresa y pasándole un brazo por el hombro, sin dejarlo volver a su pupitre—. Si me decís quién es, te invito ese café que te debés estar muriendo de ganas de tomar.

Polo la miró extrañado, y sus ojos recuperaron un poco de su azul, como un océano que se llenaba.

—¿Quién es? —repitió él tontamente.

—Claro —dijo Charlotte, y su tono bajó de repente a uno de intimidad mientras se acercaba tanto a su oído que le permitió oler su dulce y vibrante perfume floral. Lo hizo girar levemente y ambos quedaron con los veinte pupitres del aula discretamente delante de ellos.

Ante la clase, ahora repleta de rumores y conjeturas, la delegada completó su frase susurrante:

—¿Quién, de todos nuestros compañeritos, es el asesino de la *Bright Coat*?

DOS



EL ASESINO DE LA BRIGHT COAT

Los interrogatorios individuales de los alumnos del 5°. A se prolongaron hasta pasadas las cinco de la tarde. Poco importó que los jóvenes se hubieran quedado sin hora de almuerzo y que las clases terminaran regularmente a las cuatro y media; lo único que importaba era la sospecha a medida que los llamaban uno por uno y algunos tardaban más que otros en la oficina del director. «¿Qué habrá confesado?», se preguntaban unos a otros con la mirada.

Cuando el orden alfabético obligó a Polo Levington a acercarse a la oficina, ya era uno de los pocos que quedaban. En los diez años que llevaba en ese colegio, nunca había entrado en ese despacho, y se percató de que, aunque la *Buenos Aires Bright Coat High School* era una institución relativamente nueva —fundada en 1984, como recordaban las placas conmemorativas de la recepción—, no había perdido tiempo cosechando talento, a juzgar por la cantidad de trofeos y diplomas que adornaban la pared detrás del escritorio. Mención especial merecían las fotos de las distintas clases al momento en que habían ingresado en la institución, y no le resultó difícil encontrarse en una foto del 5°. A de secundaria cuando había sido el 1°. A de primaria. Por otra parte, aunque dicho escritorio estaba repleto de objetos personales del director, incluyendo fotos familiares y tazas con útiles escolares y leyendas optimistas, el verdadero dueño del lugar parecía ser el Inspector Armando Vartona.

Completamente desdibujados, el director y Magraldez —el profesor de Matemáticas— permanecían en las sombras de la habitación, y aunque Polo creyó que intercederían de alguna forma en algún momento, ni siquiera lo

saludaron. Lo único que Polo podía agradecerles era el hecho de que parecía que ya lo habían presentado antes de que se abriera la puerta, ya que el inspector se veía mínimamente interesado en él, aunque no al punto de indagar en cuestiones demasiado personales.

A pesar de esto, y con una luz cenital del más blanco fulgor, las preguntas fueron de la más pesada rutina; dónde había estado, con quién, y qué había estado haciendo cuando Erika Fausgerard fue envenenada. Y a su vez, las respuestas de Polo fueron de la más liviana sinceridad; en el aula —había comprado un café aprovechando una ida al baño antes de que comenzara formalmente el recreo—, con Miro Polporalioni —siempre podía confiar en la palabra de su amigo—, y haciendo la tarea —no quiso decir «mirando por la ventana»—.

Parecieron dejarlo ir antes, para que ninguno de los cuatro perdiera más tiempo en esa habitación.

Media hora más tarde, Polo estaba afuera del colegio caminando con Miro, al que había tenido que esperar, de regreso a sus casas. Esta caminata conjunta, que usualmente solo duraba unas pocas cuadras, tuvo dos particularidades. La primera fue que contó con la participación de Charlotte y Paula, que más allá del alfabeto habían hecho tiempo fuera del colegio para esperarlos; y la segunda, quizá más interesante, era que la delegada no paraba de hablar del crimen. La energía de Charlotte era tan apasionada que la conversación sobre lo que habían vivido ese día de clases los mantuvo a los cuatro caminando sin rumbo durante una hora por calles en las inmediaciones de la *Bright Coat*, y nadie amenazaba con despedirse.

La delegada era una persona afable y simpática, cuyo aparente talento era la capacidad de entender el ritmo y el funcionamiento de todos los miembros de la clase. Siempre tenía una tendencia a cumplir con las reglas y a llamar la atención de todo aquel que las rompiera. Lo decía de buena manera, no como una pesada, y se llevaba bien con todos, por lo que las autoridades escolares confiaban plenamente en ella. A pesar de todo esto, había otra faceta de la delegada que solo unos pocos en la *Bright Coat* conocían; una que se remontaba a antes de ser tan aceptada, y que hasta hace poco solo conocían los cuatro presentes en esa caminata: Charlotte era una fanática obsesiva de las novelas de detectives. Polo y Miro aún recordaban como, unos años atrás, mientras completaban un trabajo práctico en su enorme casa, ella les había mostrado la impresionante

colección de libros que los Cuorelworth pasaban de generación en generación y que Charlotte había heredado de su padre. No solo los había leído todos, sino que había incrementado su número exponencialmente, y parecía que eso no había parado nunca, ni lo haría.

—¡Menos ahora que encontré a alguien con quien prestarme títulos! —les había dicho entusiasmada un par de semanas atrás.

A raíz de todo esto, sentía un impulso inagotable. Se enfrentaba a un caso policial que por fin la involucraba a ella, y como su futuro parecía sellado en la Administración de Empresas, lo consideraba una peculiar despedida del colegio. *Un caso policial en carne y hueso.*

Por supuesto que con cada vestigio de entusiasmo sentía un revés de tristeza, al recordar que la pobre Erika estaba luchando por su vida. Quizá fuera la pulseada de sus dos lados: uno, el de delegada del orden, y el otro, el de fanática del crimen. Aun así, las dos facetas parecían coincidir en un punto: lo sucedido tenía que aclararse.

—No sé qué tan fácil sea envenenar a alguien en un comedor escolar —dijo Miro—. Es imposible que nadie haya visto nada.

—Mmm, pero parece que los únicos interrogados fueron nuestros compañeros y el personal del comedor —dijo Charlotte—. Y tal parece que nos dejaron ir a todos. ¿Quién tendría un motivo para hacerle eso a Erika? Si Annie hubiera sido la envenenada... discúlpeme, pero se me ocurrirían dos o tres nombres —agregó como una oscura broma—. ¿Pero Erika?

—Quizá la explicación más lógica sea la correcta —dijo Miro—, y Erika tomó o comió algo en mal estado.

—¡Esto es grave de verdad, Miro! —exclamó Charlotte—. Los padres van a clavarle una demanda a la *Bright Coat*. Es una injusticia que el colegio se vea afectado por lo que hizo un desquiciado... pero el inspector dijo que Erika consumió veneno y vomitó sangre. ¿Sabés lo que se necesita para provocarle una hemorragia interna?

—No. Nunca envenené a nadie —dijo él con un suspiro molesto.

—¡Esto tiene el sello del arsénico, cuando menos!

Miro la miró como si dudara qué tanto podían educar las novelas a una persona.

—De cualquier forma, al diablo con el prestigio de la escuela —dijo Miro.

—Los exámenes internacionales... —reflexionó Charlotte con cierta tristeza.

Polo y Paula los seguían unos pasos más atrás, sin demasiada participación. Si hubiera sido una cita doble, ellos dos habrían sido la pareja que realmente no importaba, los oyentes que solo habían venido para acompañar a los otros dos. A pesar de esto, la delegada no se daba por vencida y seguía tratando de involucrarlos, lanzando cada tanto un «¿Vos qué pensás, Pau?» o «¿Sabías eso, Lev?».

La agonía del atardecer carmesí ya anunciaba que pronto sería de noche, cuando llegaron a la estación de tren y el tema del incidente parecía clavado en un punto muerto. No había sorpresa: los cuatro habían estado en el aula cuando ocurrió el hecho. Tenían claro que solo se podía avanzar en el tema hablando con alguien que hubiera estado presente en el comedor al momento del incidente.

—El enigma es que nadie sabe quién estaba con Erika en el recreo —sintetizó Charlotte—. Aunque probablemente se descubra algo en las entrevistas con el personal del comedor.

Cualquier policía competente ya habría mostrado las fotos del anuario a la chica de la cafetería y a la cocinera para que identificaran al alumnado. Pero si luego de seis horas no había habido ningún avance aparente, solo parecía haber dos posibilidades: o el inspector lo sabía todo y había actuado sin levantar la perdiz, o estaba a oscuras igual que ellos.

—¡Qué frustración! —musitó Charlotte y se masajeó el cuello—. ¡Juro que me he perdido todo lo importante en toda mi vida escolar! Nunca estoy en los lugares correctos ni en los momentos indicados... —Y entonces, discretamente enfocada en la presencia de Polo, le lanzó un comentario—: ¿No te sentís un poco motivado por todo esto?

—¿Motivado...? —dijo Polo—. Una compañera de clase está luchando por su vida...

—¡Por eso! —dijo Charlotte y se paró en seco—. ¿Qué mejor motivación podría haber que llegar a la verdad del asunto? *Tenemos que ayudarla.*

«¿*Tenemos?*», pensó Polo Levington.

—Polo, ¿sabés de qué me estuve acordando todo el día? —continuó la delegada.

—No.

—¿De cuando encontraste las vitaminas! ¿Te acordás?

«No otra vez con esto...»

—¡Ah! —dijo Paula, su rostro iluminándose de repente—. Me acuerdo de eso. Fue cuando perdiste tu medicación.

—¡Sí! Pero eso solo lo supimos al final. ¡La verdad estuvo frente a nuestros ojos todo el tiempo! Estuvimos buscándolas todo el día. Hasta las clases se detuvieron. Y yo no podía dejar de llorar. Bueno, éramos unos nenes... ¡pero Polo fue quien las encontró!

Polo suspiró y dirigió su mirada a los autos que pasaban. Cualquier cosa con tal de escapar del pasado.

—Las habías dejado en el patio del colegio cuando esperabas para entrar al partido de *basket* —dijo de mala gana, y para cerrar el tema, concluyó—: No era tan difícil si uno pensaba en cuál había sido tu última actividad.

—Tonto —dijo Charlotte—. ¡Eso me tuvo enamorada de vos todo aquel año! Aunque claro que *ya lo superé*. Te pregunto quién creés que envenenó a Erika y me salís con que «No es asunto tuyo». ¡El Polo de aquel año jamás habría dicho eso!

Para sorpresa de Paula, Polo se detuvo a su lado. Unos segundos después, Charlotte y Miro se dieron cuenta de que estaban caminando solos y también se dieron vuelta.

—¿Y qué sugerís que hagamos? —dijo Polo, molesto.

Algo en las palabras de Charlotte lo había herido, pero no sabía exactamente qué. La delegada, sin embargo, no tenía respuesta a su pregunta. Permaneció mirándolo a los ojos en silencio, y su expresión también se volvió hastiada. A pesar de esto, no claudicó, y dobló la apuesta:

—Volver.

—¿Volver? —intervino ahora Miro, a quien nada hacía más feliz que estar fuera del colegio hasta el día siguiente—. Acabamos de estar metidos en un aula durante *seis horas*.

—¡Sí, volver, Miro! —dijo Charlotte—. ¿No me acaba de preguntar qué sugiero que hagamos? Bueno, *lo que sugiero que hagamos es volver al colegio*.

—Pero Char —dijo Paula, tratando de hacer entrar en razón a su amiga—, llevamos casi una hora caminando. El horario...

—El horario no importa. Apenas son las seis y media, y las clases extracurriculares no terminan hasta las siete y cuarto. Hay tiempo más que de sobra para volver y visitar la *escena del crimen*.

Los otros tres parecieron dar un respingo. Las luces de la estación se encendieron gradualmente, y el cabello de la delegada pareció brillar, dorado y grandioso. Sus ojos color café, reflejando el impacto luminoso, estaban ardiendo de optimismo y desafío amistoso hacia Polo. No había ninguna duda: Charlotte hablaba en serio.

—La escena del crimen —dijo Polo—. Como si fuera tan fácil. El comedor debe estar cerrado por la Policía.

Charlotte asintió.

—Sí... o puede ser que no hayan encontrado nada, y ya esté como si nada. De cualquier forma, si no volvemos, nunca lo vamos a saber. ¡Vamos, *Levin*! —insistió Charlotte, y Polo odiaba que lo llamara así—. Antes te compro un café para llevar.

Paula y Miro intercambiaron una mirada que pareció tener el mismo significado que el suspiro derrotado que soltó Polo: eran incapaces de dejar que Charlotte regresara sola y se metiera en problemas.

Ya estaban involucrados.

—¡Perfecto! ¡Primero pasamos por un café y luego vamos a la escena del crimen! —dijo Charlotte, que empezó a caminar sola, sacándoles una ligera ventaja y alejándose del círculo amarillo hacia la oscuridad.

Sin comentario, Paula y Miro la siguieron a sus respectivos ritmos. Polo observó el cielo crepuscular —esa hora azul que no era ni día ni noche— y permaneció pensativo por un momento. Luego, viendo que los demás ya se estaban alejando, guardó las manos en los bolsillos del pantalón y, suspiro mediante, comenzó a seguirlos lejos de la luz.

TRES



LA SOLEDAD DEL COMEDOR A LAS SIETE Y MEDIA

Los colegios de noche son lugares muy particulares; cualquiera que haya cursado nocturnamente lo sabe. Los espacios a los que uno se acostumbraba durante el día con la calidez del sol y las multitudes, cobraban un cariz más austero en la soledad de la oscuridad que traía la noche.

Eran las siete y media de la tarde y ya había oscurecido, cuando Charlotte, Miro, Polo y Paula regresaron a la *Bright Coat*, cuya fachada ya hablaba de luces apagadas, pasillos desiertos y silencio ominoso.

El portero les dirigió una mirada intrigada, pero solo bastó con que Charlotte hablara para que los dejara pasar con total normalidad al pasillo central aún iluminado de la planta baja, que se abría cinco pisos hacia arriba en un claro interior que conectaba todo el colegio.

—¿Y eso? —le preguntó Miro a Charlotte cuando ya habían pasado la recepción.

—Eso es el poder persuasivo de la delegada de la clase —dijo ella—. Cada año, invito al personal del colegio a las fiestas de cumpleaños de mi familia. Él no es la excepción.

—Ah, claro, la todopoderosa heredera —dijo Miro sardónicamente.

—Mirá quién habla de herederos —respondió ella, pero esto no le hizo demasiada gracia a Miro.

Caminaron el resto del trayecto en silencio, cuatro pares de pasos resonando en la institución vacía, y cuando estuvieron ya varios metros alejados de la recepción, aparecieron a su derecha las paredes de vidrio que los separaban del lóbrego comedor.

Sin perder tiempo, mirando antes con cautela a ambos lados, Charlotte empujó la puerta, que para sorpresa de todos se abrió como por arte de magia. La delegada sonrió.

—Bienvenidos a la escena del crimen —dijo por lo bajo.

Paula se estremeció, y Polo entendió el por qué: el conjunto de todas esas siluetas oscuras de mesas y sillas era suficiente para hacerles sentir que estaban en un lugar donde no debían estar.

—Tranquila —le dijo Charlotte a su amiga—. Quedate acá al lado de la puerta y avisame si viene alguien. Lo primero que quiero hacer es encontrar la mesa en cuestión, ¿cuál será? ¿Miro, me das una mano?

Este último suspiró, pero no protestó. La delegada comenzó a recorrer los pasillos del comedor, inspeccionando las mesas de madera y cada centímetro del suelo. Miro la siguió con las manos en los bolsillos, repasando con su mirada los lugares por los que ella transitaba, pero sin demasiado entusiasmo.

Polo permaneció junto a la puerta, viéndolos trabajar en la distancia, y dio un sorbo al vaso térmico de café que llevaba en su mano.

—¿Así que fuiste vos el que encontró la medicina de Charlotte en aquel incidente? —le preguntó Paula en un momento, rompiendo el silencio con un susurro.

—Sí... —dijo él, viendo a Charlotte ahora en cuclillas bajo las mesas, y sintiendo que los cuatro no hacían más que perder el tiempo.

«¿Qué demonios pretende encontrar que la Policía no haya encontrado ya?»

—Nunca lo supe —continuó Paula, como si estuviera hablando consigo misma—. Digo, me acordaba de esa anécdota porque es una lástima que solo hayamos tenido *basket* en la escuela primaria. Me gustaba mucho. Charlotte y yo nos atábamos el pelo y ya entrábamos en nuestro *modo deportivo*. —Sonrió—. Me encantaba aquel trabajo en equipo. Aquel día en que desaparecieron sus vitaminas es uno de los que más recuerdo, pero nunca supe quién las había encontrado y siempre me sorprendió que Char las hubiera perdido en primer lugar. Por un momento, incluso pensé que las chicas del grupo se las habían escondido.

—No es para tanto —dijo Polo—, solo recordé el lugar donde Charlotte había esperado para entrar al partido.

—Ah, ¿estabas atento a ella entonces? —preguntó Paula con una sonrisa, pero Polo no respondió—. ¡Debes tener buena memoria!

Polo dio un último sorbo al café y se acercó al tacho de basura. A lo lejos, podía oír a Charlotte moviendo sillas y a Miro insistiendo con que no había nada ahí. Polo tiró el vaso en el cesto y no pudo evitar fijarse en la gran cantidad de vasos acumulados entre la basura. Junto al suyo había uno con un pequeño punto negro cerca de su borde.

—¿Qué están haciendo acá?

La voz detuvo a los cuatro como estaban. Charlotte se asomó repentinamente y golpeó su cabeza contra la mesa. Miró a Paula, pero ella le dio a entender que no se había movido de su lugar de custodia.

La persona no había entrado por la puerta de vidrio, sino que lo había hecho por la puerta interna de la cocina. Era la cocinera del colegio, una señora corpulenta de unos cincuenta años con el cabello gris tensamente atado. Miró primero a Polo y a Paula con ojos de reproche, y luego se fijó en las otras dos figuras en las sombras.

—¡Señora Kesslehn! —dijo Charlotte con voz sobreactuada, acercándose tan rápido como pudo—. ¡Perdón por el susto! Estoy buscando mi billetera. Me fui del cole apurada y cuando llegué a casa me di cuenta de que la había perdido. Se me debió haber caído por acá.

—¿*Justo acá en el comedor?* —pregunto secamente la señora Kesslehn.

—Sí, sí. ¿Hay... algún problema?

Los ojos oscuros de la cocinera de pronto se ablandaron un poco.

«*Sin duda está recordando alguna fiesta de cumpleaños*», pensó Polo.

—¿No se enteraron? —dijo la señora—. Envenenaron a una alumna hoy, acá mismo. Vino la Policía y todo.

—Sí, nos enteramos —dijo Charlotte, vislumbrando un puente—. Esa alumna es una compañera nuestra... —Y tras una pausa calculada, agregó—: ¿Usted sabe algo?

Por un instante, la duda regresó a los ojos de la señora Kesslehn. Las arrugas de su rostro trazaron varios surcos, y su mirada escudriñaba ahora a Miro y Polo, que no parecían tener muchas ganas de estar ahí, y a Paula, que parecía estar a punto de desmayarse. Sin embargo, cuando la señora Kesslehn volvió a centrar su atención en los ojos color café de Charlotte,

volvió a ablandarse con un suspiro. Quizá estuvieran verdaderamente ante el poder de la delegada, como le había dicho a Miro.

—¿*Que si sé algo?* Tuve que limpiar todo el enchastre cuando la Policía se fue. Dejaron todo manchado. La chica que trabaja en la cafetería sufrió un ataque de nervios; fue la primera que vio a la alumna desmayada cuando fue a buscar la bandeja. Yo estaba adentro cocinando, y su grito me asustó tanto que casi me corto el dedo. Salí y vimos a la alumna sola sobre la mesa. Inmediatamente llamamos al director, y él fue a llamar una ambulancia, que por suerte llegó rapidísimo. Ellos fueron los que avisaron a la Policía.

—¿Pero no vio algo antes de que Erika se desmayara?

—Qué no, ya te dije que estaba cocinando. Desde la cocina no se ve el salón comedor —dijo señalando la puerta como si fuera una obviedad—. Gabriela, la chica de la cafetería, es la que atiende a los alumnos; ella me pasa los pedidos. La contrataron hace un mes. Dijo que creyó ver a otra chica junto a la alumna envenenada, alguien de pelo corto, pero que la vio a lo lejos, de espaldas, y no pudo confirmar quién era. Ya de por sí, ella no es ninguna genia... pero todo el asunto le pegó bastante mal.

—¿Dijo que vio a una chica de pelo corto junto a Erika? —preguntó la delegada, interesada.

—Sí, pero yo no confiaría tanto en su palabra. A la otra que dijo haber visto, y de la que sí puedo dar fe porque yo también la vi, fue a la chica de anteojos, la última persona a la que atendió antes de ver el cuerpo.

—¿Cuál chica de anteojos? —preguntó Charlotte tras un breve silencio.

—*Una* chica de anteojos. Se acercó a la caja a preguntarle si le podía prestar una lapicera. Acá no solemos prestar nada porque nunca lo devuelven, pero dijo que estaba terminando unos ejercicios de matemáticas y se había quedado sin tinta. Fue solo un momento; estaba en esa mesa de ahí, junto al vidrio —dijo, señalando ahora la mesa junto a Levin, como si fuera otra obviedad—. Luego se puso de pie, devolvió la lapicera y se fue. Me asomé para recordarle algo a mi colega y alcancé a ver a esta chica cuando se iba. Tenía el pelo oscuro hasta los hombros y una sola trenza en la espalda. Volví entonces a meterme en la cocina y, un ratito después, escuché el grito de Gabriela.

—Dijo que la chica de la cafetería encontró a la alumna envenenada cuando fue a buscar la bandeja a la mesa —dijo Charlotte—. ¿Sabe qué

había pedido?

—Cuando me asomé por lo de la chica de anteojos, vi que había preparada una bandeja con dos cafés.

—¿Dos cafés para la mesa de Erika? —repitió Charlotte.

—¿*Erika*? Ah, ese era su nombre... Sí. Cuando la vi desmayada en la mesa, sobre la sangre, había un vaso con café volcado delante de ella y otro vaso sin tomar. Sin duda había sido ese último pedido.

—¿Y cuál fue la mesa?

—Esa de allá.

Señaló uno de los muebles por los que había pasado Charlotte, lejos de donde estaban, y la expresión de la delegada pareció llenarse de decepción.

—Muchas gracias, señora Kesslehn. Ha sido usted muy amable.

El estado de ánimo de Charlotte se tornó repentinamente más sombrío. Sin decir ni una palabra a los demás, abrió la puerta de vidrio para irse.

—¿Y la billetera? —preguntó de repente la cocinera.

—Ah... —dijo Charlotte helada, con una mano en el vidrio.

Polo chasqueó la lengua.

—Falsa alarma —dijo él—, yo te la escondí.

Todos lo miraron.

—La guardas en tu mochila, ¿no? —agregó él—. Te la saqué sin que te dieras cuenta y la guardé en mi *locker*. Perdón... Quería ver hasta dónde llegaba la broma.

Charlotte, muda, lo miró con ojos transparentes de gratitud.

—Ah. ¡Qué malo que sos! —gritó de pronto.

La señora Kesslehn le lanzó una mirada demoledora a Polo, y Charlotte lo sacó del comedor antes de que alguien volviera a abrir la boca. Miro y Paula los siguieron.

Al pasar por la puerta, los cuatro se detuvieron en seco: había una persona inmóvil apoyada en la baranda de la enorme y oscura escalera. Parecía tener una visión completa de todo el comedor, y fue solo cuando los cuatro pares de ojos se fijaron en él que reanudó su marcha bajando los escalones restantes.

—¿Qué hacen acá a esta hora? —preguntó el hombre de camisa y cabello peinado con gel. Era bastante joven; no debía de tener mucho más de treinta años, y aunque era un adulto, también parecía haber algo un tanto juvenil en él.

Sin embargo, ninguno de los cuatro lo había visto jamás en sus vidas.

—¿Y vos? —preguntó Charlotte furiosa, para horror de sus compañeros.

Estaba cambiada.

El joven, en lugar de confrontar con ella, la miró divertido. Luego, recorrió con sus ojos los rostros de Paula y Miro, y terminó por fijarse en Polo.

—Ah, café —dijo simplemente el hombre—, venía a pedir un café. Si es que la señora... Kesslehn, si no me equivoco, sigue en la cocina.

Detrás de Charlotte y de los demás, la señora Kesslehn se hizo notar, saliendo de las sombras.

—¿Quieren que les invite una ronda? —preguntó el joven—. De café, claro.

—Gracias, pero no gracias. —Charlotte apartó a Polo del camino y lo condujo por el pasillo hacia la entrada del colegio—. Ya tuvimos suficiente de café por hoy.

El hombre se quedó un momento viendo como la delegada se llevaba a Polo, y luego sus ojos azul oscuro contemplaron a Miro. Él y Paula habían quedado fuera de juego por un momento, pero pronto se percataron de esto y se marcharon detrás de los otros dos.

—Nos vemos —dijo el joven.

Polo dirigió una mirada hacia atrás y alcanzó a ver a la señora Kesslehn volviendo a entrar en el comedor, seguida por el hombre, que lo primero que hizo fue mirar dentro del tacho de basura.

—Ey, ya está bien —dijo Polo.

Charlotte se detuvo, y fue solo entonces que Polo se dio cuenta de que las dos manos que aún lo agarraban del *blazer* de su uniforme estaban temblando.

—¿Qué pasó?

Miro y Paula los alcanzaron, y los cuatro permanecieron bajo la tibia luz del pasillo, a pocos metros del portero, pero con todo el espacio de la zona central del colegio para ellos solos; y, sin embargo, Charlotte lo usó como un diminuto receptáculo de confidencias.

—¿Recuerdan que hace unas semanas les dije que encontré a alguien con quien me prestaba novelas policiales? Es Nuria Casteviert. Anteojos y

pelo oscuro hasta los hombros con una sola trenza... No tengo ninguna duda. La alumna que la señora Kesslehn mencionó es Nuria.

—¿Y? —dijo Polo.

—Sí, ¿y? —agregó Miro, pasándose una mano por su cabello claro—. ¿Creés que por solo leer novelas policiales y haber estado en el lugar del hecho ya se convierte automáticamente en una asesina? No creo que sea tan fácil convertirse en uno, y no veo a Nuria haciendo algo así.

Charlotte bajó la mirada. Asintió tímidamente, pero cuando la racionalidad volvió a tomar el control, miró a los tres por turno.

—Es solo que... la señora Kesslehn mencionó algo muy extraño. Dijo que Nuria pidió la lapicera para terminar unos ejercicios de matemáticas. Pero... Estoy segura de que va sonar como una tontería, pero puedo jurar que cuando regresó al aula desde el recreo, vi el cuaderno que traía con ella, y era el de Literatura.

CUATRO



LA OTRA FANÁTICA DEL MISTERIO

La situación con la que se encontró Polo Levington a la mañana siguiente, cuando entró al aula de 5.º A, le hizo creer que alguien, además de la Policía, había interrogado también a la cocinera.

Nuria Casteviert permanecía sentada firmemente en su silla y, por su expresión, nadie habría sospechado que estaba recibiendo una paliza verbal, si no hubieran visto a la joven inclinada sobre ella. Annie Ralenard se acomodó la hebilla para el pelo roja —unos tonos más oscura que su cabello corto— y pareció controlarse para no golpearla ni arrojarla sobre ella.

—Le hicieron un lavado de estómago, pero tiene pronóstico reservado —le dijo Annie a Nuria entre dientes—. Me das asco, *asesina hija de puta*. Se llega a morir y no solo voy a romperte esos anteojos de vieja que tenés, sino que te voy a hacer tragar cada pedazo de vidrio. —Y cuando se dio cuenta de que Polo estaba estático en la puerta del aula, dirigió sus ojos furiosos hacia él—. ¿Qué pasa, Levington? ¿Se te perdió algo?

Polo chasqueó su lengua y continuó pasando junto a ellas como si eso no fuera asunto suyo. Sin embargo, de pronto, algo lo hizo detenerse. Annie volteó hacia él, pero antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada, Charlotte se interpuso entre ellos.

—¡Annie, Annie! Tranquila... Este caso ya está en manos de la Policía. Además, Nuria... —Suspiró—, Nuria es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

Annie estuvo a punto de objetar, pero Charlotte volvió a hablar.

—Esperemos a que la investigación siga su curso. En serio, a vos también te va a hacer mal. Todos estamos muy angustiados...

Annie pareció calmarse, pero no dejó de mirar a Nuria e insultarla en el camino de regreso a su pupitre, donde la esperaban otras alumnas; todas le lanzaron miradas envenenadas a la chica de anteojos de la primera fila.

—Nur —comenzó Charlotte suavemente—. Me gustaría que habláramos después, si—

—Si es por el libro que no llegué a devolverte ayer, lo tengo en mi *locker* —la interrumpió Nuria, hablando monótonamente y sin dejar de mirar al frente como si fuera un día como cualquier otro—. Te lo alcanzo en el recreo.

—Ah... No te preocupes por eso —dijo Charlotte, mirándola apenada.

Miro esperaba a Polo en el pupitre frente al suyo, descansando con los brazos cruzados sobre el respaldo de la silla.

—Se corrió la voz de que Nuria estuvo en la cafetería antes del envenenamiento —le dijo, sin que Polo añadiera nada mientras se sentaba—. Creo que ni siquiera tengo que preguntarte si le dijiste algo a alguien.

Polo negó haberlo mencionado, a la vez que Charlotte se acercaba discretamente a ellos.

—Y yo que esperaba que pudiéramos hablar con ella a solas y escucharla sin mayores problemas...

—¿A quién se lo contaste? —preguntó Miro.

—¡A *nadie*! —dijo Charlotte—. Y Paula me dijo que ella tampoco.

—Mmm, nosotros menos aún —aclaró él—. No es que tengamos una gran colección de amigos, por si no se notó. Vos en cambio...

—¡¿Qué estás tratando de decir, Miro?! —El rostro de Charlotte se puso completamente rojo—. ¡*No dije nada!*

Si algo odiaba la delegada era que se dudara de la integridad que tanto le había costado conseguir.

Polo suspiró y apoyó el codo en la mesa, apoyando la mejilla en la palma de la mano y mirando por la ventana.

—Existe la posibilidad de que alguien más lo haya averiguado —dijo—. Quizá no hayamos sido los únicos del curso en ir a la cafetería después de clases. Olvidamos preguntarle eso a la señora Kesslehn...

—Tenés razón —dijo Charlotte, un poco frustrada.

—¿Cómo quiere que procedamos, *señorita Holmes*? —preguntó Miro —. ¿Atacamos en el recreo?

La campana del colegio sonó de pronto. El ruido de la puerta y la brusca entrada de los alumnos que faltaban sacaron a Charlotte de sus vicisitudes. Su mirada pensativa se había quedado detenida en Nuria, rígida y solitaria como si no hubiera ocurrido nada.

—Sí, es lo mejor. Podríamos ayudarla si... —comenzó a decir, pero se detuvo.

El hombre de la noche anterior —el joven que habían visto en las escaleras junto al comedor— ingresó al aula con una carpeta bajo el brazo y un café en la mano. Caminó diligentemente hacia la mesa del profesor y dejó la carpeta sobre ella. Unos segundos después, el director entró y ordenó a los alumnos que ocuparan sus lugares e hicieran silencio, mientras él se aclaraba la garganta de pie junto al hombre.

—Su profesor de Literatura estará ausente durante unos días. Por eso tengo el agrado de presentarles a quien será su profesor suplente. Él es Juan Langvier.

—Encantado de conocerlos —dijo el hombre con una simple sonrisa, y sus ojos no tardaron en localizar la línea recta de los pupitres de Polo, Miro y Charlotte. Paula le dirigió una mirada a Charlotte, y esta se giró en su lugar y miró hacia atrás. Por su ceño preocupado, Miro y Polo confirmaron que quería que se la tragara la tierra.

—Estoy jodida —murmuró la delegada con un gesto y se giró hacia el frente.

—Al menos le pasó en Literatura —le dijo Miro a Polo.

Una vez hechas las presentaciones, el director se retiró de la sala. El nuevo profesor bebió —con total parsimonia— un sorbo de café y luego agarró la planilla que había sobre el escritorio para comenzar a leerla.

—Voy a tomar lista, para poder conocerlos, aunque creo que *a algunos* ya los conozco. Acuérdense de decir «presente» y levantar la mano, por favor. —Sus ojos repasaron los nombres y parecieron brillar—. La primera es Anderhoms, Paula...

Paula levantó la mano y dijo «presente».

—¿Bowenherd, Emilia?

La misma secuencia, pero con una joven del grupo de Annie.

El profesor Langvier volvió sus ojos a la lista.

—¿Casteviert, Nuria?

—Presente —dijo ella tímidamente, y su mano estaba a medio levantar cuando la puerta se abrió de golpe.

El Inspector Armando Vartona irrumpió en el aula, seguido por el director, que parecía un botones que no tenía equipaje pero aún así esperaba una propina.

Vartona le disparó una mirada inmediata al profesor Langvier, que volvía a tener el café humeante en su mano y aún no había borrado su sonrisa ni su actitud relajada. Algo en él pareció disgustar a Vartona, logrando que su corto bigote se moviera como si tuviera vida propia. El inspector se giró con ambas manos en la cintura y sus ojos oscuros recorrieron los rostros del alumnado hasta clavarse en los de Nuria a través de los anteojos.

—Nuria Casteviert, ¿verdad? —dijo el Inspector Armando Vartona—. Le voy a pedir que me acompañe a la oficina del director.

Sin más preámbulos, el inspector dio media vuelta y comenzó a retirarse hacia la puerta del aula, pero Nuria no se movió; permaneció rígida, como lo había estado desde las agresiones de Annie, aunque ahora a su postura se le había sumado un temblor. Sus dedos finos y pálidos se aferraban al borde del pupitre, como las patas de un insecto en peligro.

—¿No me escuchaste, Casteviert? —dijo Vartona—. No tengo todo el día.

El silencio los abrumó a todos, y lo único que podía oírse era el tímido rechinar del pupitre contra el piso, al compás de cada nuevo escalofrío de la chica.

Polo también comenzó a sentirse rígido, a la vez que inhalaba y exhalaba pesadamente. De súbito, Charlotte se puso de pie dos filas más adelante, cosa que hizo que todos dividieran sus miradas entre ella y Nuria.

—Disculpe, inspector, pero ¿qué es lo que está pasando?

—Ah, usted es la delegada. ¿Podría por favor indicarle a la alumna Casteviert que lo mejor que puede hacer es acompañarme a la oficina?

Charlotte lo miró desafiante, sin moverse ni un centímetro, y dijo:

—La alumna Casteviert no va a moverse de su lugar hasta que—

—Intentó matar a Erika Fausgerard, ¿entendiste? —soltó el inspector, helando la sangre de la delegada.

—¿Intentó... matar?

—La empleada de la cafetería se recuperó y así lo declaró. Recordó haberla visto merodeando en una situación muy extraña en el comedor, minutos antes del incidente, y vio algo que le llamó la atención.

—Vamos, inspector... —dijo Charlotte y forzó una sonrisa, preocupada—. ¿Es por el cuaderno? Estoy segura de que debe haber una buena explicación. En algún momento, yo también debo haber anotado un ejercicio de matemáticas en los cuadernos rayados de Literatura.

El Inspector Vartona la miró como si se hubiera vuelto loca.

—¿Qué cuaderno? —dijo y miró brevemente al director, que estaba pasando el peor momento de su vida. Luego, volvió a hablarle a Charlotte—. La empleada de la cafetería vio a la alumna Casteviert vertiendo un poco de polvo en uno de los dos cafés que acababa de preparar.

El corazón de Charlotte pareció saltarse un latido. Musitó un tímido «Ah...» y se quedó de piedra. Incapaz de elaborar una defensa, sus pensamientos parecieron tropezarse entre sí. Al mismo tiempo, Nuria se puso de pie y sobresaltó a todos. Sin mirar a nadie, guardó rápidamente su cuaderno en la mochila y la llevó en una mano, siguiendo al Inspector Vartona fuera del aula. El murmullo de la palabra «asesina» comenzó a surgir desde las entrañas de la clase, con Annie a la cabeza, y aunque el profesor Juan Langvier le pidió que hiciera silencio, no había duda de que las palabras habían llegado a oídos de Nuria, porque antes de que cruzara la puerta Polo pudo notar que la chica había comenzado a llorar.

CINCO



AUTOR INTELECTUAL

Podía apreciarse que el profesor Langvier era un hombre bien leído y con una buena formación literaria; sin embargo, cada pasaje que reproducía carecía del poder necesario para atrapar la atención del 5.º A. La ausencia de interés se palpaba en el aire, así como la sensación de que todos querían estar en la oficina del director.

Charlotte permaneció un largo rato contemplando tristemente el pupitre vacío de Nuria, una emoción seguramente agravada por el hecho de que esta era la materia favorita de las dos, y cuando no pudo tolerarlo más, se puso de pie ante la sorpresa de todos.

—No me siento muy bien —dijo—. Quisiera ir a la enfermería.

El profesor la observó detenidamente. Tras un momento en el que pareció analizar sus gestos y su tensión corporal, accedió a dejarla ir, pero le pidió que regresara cuanto antes si no era nada grave. Sin devolver ninguna de las miradas de los rostros envidiosos de los demás alumnos, la delegada se marchó.

Polo Levington reanudó su ejercicio de mirar por la ventana. El cielo se había encapotado como un emisario de malas noticias, y parecía coincidir con la opresión física y mental que sentía desde el día anterior.

Transcurrieron unos diez minutos, y Charlotte regresó al aula.

Langvier no inquirió nada, pero cuando la delegada llegó a su asiento, Paula la bombardeó con preguntas silenciosas. Charlotte le dijo algo por lo bajo, lo que logró que su vecina de pupitre volviera a centrar su atención en su propio libro, y la delegada se giró entonces a la mochila que colgaba de su silla y miró sutilmente hacia atrás, en línea recta hacia Miro y Polo. Se

llevó discretamente la mano al cuello de su uniforme, como si fuera a aflojar el nudo de su corbata, y elevó el dedo índice de su mano por una fracción de segundo. Luego sacó un útil escolar que no necesitaba y volvió a mirar al frente.

Miro se giró levemente, lanzándole una mirada cómplice a Polo, y luego volvió a centrar su falsa atención en la lección de Langvier.

De nuevo a solas con sus pensamientos y sensaciones, Polo dejó escapar un suspiro y volvió a tratar de interpretar las nubes en el cielo. Parecían aún más oscuras que diez minutos antes.



Llegado el mediodía, Charlotte reunió a Polo, Miro y Paula en la terraza, y ahuyentó a una parejita que estaba usando el lugar para almorzar a escondidas. Cuando estuvo segura de que estaban solos, la delegada no perdió tiempo.

—Nuria confesó —dijo—. Alguien le prometió que el *bullying* que sufría en la clase se detendría si ponía eso en el café.

—¿Si ponía «eso»? —dijo Miro.

—¡Si ponía el veneno, Miro! Desde el pasillo alcancé a escuchar como ese Vartona conseguía sacarle parte de la verdad.

—¿Quién le prometió tal cosa? —preguntó Polo.

—Esa es la parte de la verdad que no pudieron sacarle: Nuria no lo dijo. Pero ahí está el asunto... Estoy pensando en lo que nos dijo la señora Kesslehn, ¿recuerdan? Que la empleada de la cafetería dijo que vio a una joven de cabello corto junto a Erika antes de que esta se desmayara. Después de todo, los dos vasos de café en la bandeja y en la mesa son la prueba de que *estaba con alguien*. La chica de pelo corto... Creo que tenemos una muy buena idea de quién puede ser, ¿no? Pero no tiene sentido. Nuria, por algún motivo, parece estar cubriéndola. Ella jamás haría algo así por Annie, y Annie a su vez jamás haría algo así contra Erika. Nuria sabe lo que pasó, así que es solo cuestión de tiempo.

—Entonces es un caso cerrado —dijo Miro, apoyado en la baranda de la terraza y mirando hacia abajo, mientras el viento que subía del abismo despeinaba su pelo rubio ceniza.

Charlotte se giró furiosa.

—¡No seas tonto, Miro! —dijo la delegada, y se le fue tan encima que pareció que iba a empujarlo por sobre la baranda—. Si dejamos las cosas como están, Nuria va a quedar implicada como una de las responsables. ¡Ella es incapaz de atentar contra la vida de alguien! Estoy segura... Algo debió haber ocurrido. Algo que no dijo, o algo que salió mal...

—Pero Char... —dijo Paula, de pie junto al tanque de agua—. Si ella dijo que puso el veneno en el café—

—¡Pero dijo que, a cambio, alguien le prometió frenar el hostigamiento! Puedo entenderla.

—¿Podés entender que haya envenenado a otra persona? —intercedió Miro nuevamente, y el viento parecía ahora ayudar a que sus palabras sonaran más filosas—. Dale, Charlotte. Ni por todo el oro del mundo serías capaz de algo así. Yo tampoco, Polo tampoco, Paula—

Charlotte lo cortó:

—*¡Sabés bien lo desesperada que está una víctima de bullying!*

—*¿Lo sé?* —Miro se dio vuelta y la enfrentó. Sus ojos carecían de su habitual cuota de diversión—. *Yo sé que no tengo muchos amigos. Es como soy. Pero no tengo problemas con absolutamente nadie, y desde ya que tengo dos dedos de frente como para saber que algo así es una pésima excusa si lo que hay del otro lado es alguien muriéndose.*

Paula abrió la boca para decir algo, pero la expresión que le disparó Charlotte la intimidó tanto que solo consiguió dejar escapar una profunda exhalación. La delegada se giró como último recurso hacia Polo, que tenía ambas manos en los bolsillos del *blazer* de su uniforme.

—¡Polo, decile algo! ¡Nuria no es ninguna asesina desalmada! Además, Erika aún está viva.

—Por *ahora*... —agregó Miro, nuevamente al vacío, y se ganó un nuevo rencor de Charlotte.

Polo permaneció viendo la secuencia, en silencio.

«*¿Qué es todo esto que está pasando?*», pensó. «*Ellos nunca se trataron así...*»

—Charlotte —dijo Polo lentamente—. ¿Puso Nuria el veneno en ese café?

Las mejillas de la delegada se ruborizaron. Aunque el viento en esa terraza había logrado que comenzara a refrescar, podía notarse que la

temperatura de ella no hacía más que subir.

—Porque si Nuria confesó haber puesto el veneno en ese café —continuó Polo—, no sé realmente qué estamos haciendo acá, teniendo esta reunión secreta.

Charlotte reaccionó como si le hubieran tirado un balde de agua helada. Dio un paso atrás, mirando bien a su amigo.

—Estás tan cambiado —dijo sin aplicar ninguna anestesia—. No sos el Polo que conocí. El Polo que encontró mi medicación no...

Se detuvo cuando vio los ojos azules de Polo llenos de ira. Hasta Miro rompió su postura junto a la baranda, y Paula dio un paso lejos del metal del tanque de agua, pero ninguno de los dos logró ganarle a la explosión.

—¡Hay una chica que casi se muere por tomar un maldito café! —estalló Polo—. ¿Y estás dándonos un sermón sobre que ahora resulta que no, que Nuria no es una asesina porque alguien le ofreció algo a cambio, algo que involucra el *bullying* que ella sufre, y que como la víctima pretendida está en terapia intensiva y no muerta, tenemos que ayudarla? ¡¿Ayudarla a *qué*, exactamente?! ¡¿A no pagar las consecuencias por intentar matar a alguien?! Esto no es una tonta novela policial en la que todo se resuelve así nomás y no se ve ninguna clase de castigo. ¡Un libro se cierra, y simplemente abris el próximo, pero la vida no funciona así!

Las lágrimas cayeron de los ojos de Charlotte como perlas. En su rostro brillaba la más profunda decepción. Empujando a Polo fuera del camino, se marchó de la terraza dando un portazo.

Polo no alcanzó más que a ver la puerta cerrándose.

«Esa expresión en su rostro, creyendo que puede hacer la diferencia. Cada vez que ocurre algo así, cada vez que me involucro en algo así... Siempre están estas caras angustiadas y estas sensaciones horribles... Casi como si...»

«“No tengas miedo, no voy a lastimarte”».

Las palabras y el rostro de la mujer del pasado comenzaron a dibujarse en su mente de golpe. Comenzó por sus dedos largos y finos arreglando su largo cabello negro, que caía sobre su ropa, y continuó con sus facciones mortalmente pálidas y sus labios carmesíes, que se abrían y susurraban aquellas palabras, acompañadas por el *clic* del metal...

Se agitó. Intentó no volver a caer en el embrujo de la memoria, pero estaba sucediendo lo que tanto temía: a cada paso que daba en aquel mundo

de misterio, las imágenes resurgían cada vez con más fuerza.

Paula se acercó tímidamente a su lado.

—Yo... pienso un poco como vos, pero... —dijo ella y se frustró ante la imposibilidad de encontrar las palabras adecuadas—. Voy a ir a buscarla. Ustedes son muy amigos. No tienen que tratarse así.

Se marchó con el rugido de un trueno lejano. Un momento de silencio después, la puerta se cerró de nuevo, dejando a Polo y Miro solos en la terraza.

—Que sonaste desalmado... no hay duda —dijo Miro—. Pero, qué querés que te diga... Yo estaba a punto de decirle lo mismo. Charlotte es la mejor amiga que podríamos haber pedido, pero está demasiado obsesionada con sus novelas y todo esto. Entiendo a lo que va: si alguien le prometió a Nuria que el *bullying* que sufre todos los benditos días frenaría a cambio de envenenar a Erika, lo que Charlotte quiso decir es que esa persona es igual de responsable. ¿Cómo le dicen? —Y en ese momento, se percató de que su amigo se había llevado una mano al cuello y la otra a la muñeca mientras inhalaba y exhalaba profundamente—. Ey, ¿estás bien? ¿Estás teniendo un —?

—Autor material y autor intelectual —dijo Polo parcamente y, con un suspiro, pareció volver lentamente en sí—. No pasa nada. Estoy bien...

Miro lo contempló por unos instantes, como decidiendo si creerle o no.

—Eso. *Autor intelectual*. Solo resta saber el nombre de la persona que se lo propuso —dijo, y agregó a modo de reflexión—: Aunque, seamos sinceros: si Nuria ya confesó su parte material en el asunto, también va a tener que pagar las consecuencias.

Polo alzó la mirada. Las gotas de una tenue llovizna habían comenzado a caer sobre ellos.

—Vámonos —dijo Miro—. Ya se le va a pasar y todo va a volver a ser como antes.

La lluvia comenzó a caer con más fuerza cuando los dos se dirigieron a la puerta de la azotea, pero antes de que consiguieran tocarla, esta se abrió de golpe y le dio a Miro en el hombro.

Paula, despeinada y agitada, se alegró de que aún estuvieran ahí. Sin parar a recuperar el aliento, aunque disculpándose por el golpe, dijo:

—Nuria acaba de ser detenida por intento de homicidio. Confesó el nombre de la persona que le dijo que el *bullying* frenaría si ponía el veneno

en el café y... no van a creerlo, pero... —Parpadeó en su agitación, como si ella tampoco pudiera comprender lo que iba a decir a continuación—: Dijo que fue la propia Erika.

SEIS



LA BOTELLA AUSENTE

Debería haber sido el cierre de todo el asunto. Deberían haberse sentido en cierta forma satisfechos de que todo se hubiera aclarado.

Pero no era el caso.

Por alguna razón, la verdad y la satisfacción general parecían ser valores inversamente proporcionales.

En el comedor del colegio, completamente desierto en ese horario de almuerzo por motivos más que lógicos, ni Miro ni Paula tocaron los vasos de café que tenían delante de ellos. A lo lejos, la joven empleada de la cafetería constantemente les dirigía una mirada expectante. Miro le hizo un nuevo gesto afirmativo para tranquilizarla, y volvió a centrar su atención en los otros dos.

—Tan vacío siendo horario de almuerzo —dijo Miro—. Anteayer, este comedor estaba lleno. Teniendo en cuenta lo ocurrido, no sorprende que prefieran irse aún bajo la lluvia, aunque lo lamento un poco por la señora Kesslehn.

Polo tomó un sorbo de su café y lo apoyó con un suspiro. Miro sonrió ligeramente. No es que el café tuviera algo de malo —era el tercer sorbo que Polo tomaba del suyo, y no se había muerto—, sino que la búsqueda de alguna clase de reflexión de toda la situación los había dejado sintiendo una gran pesadez. Y para empeorar las cosas, ninguno de ellos había podido encontrar a Charlotte por ninguna parte.

—Si la propia Erika le pidió a Nuria que ponga el veneno en el café —dijo Miro, sumergiendo su mirada en el oscuro interior de su vaso—, ¿esto

no cuenta en realidad como un suicidio asistido?

Ni Paula ni Polo contestaron. Miro suspiró y agregó:

—No se ofendan, pero sí se siente más aburrido sin ella... —Y bebió un sorbo de su café, no sin antes detenerse una fracción de segundo por puro reflejo con el vaso en la mano. Después de tomar, le hizo un tercer pulgar arriba a la chica, y este pareció ser el que la convenció.

—No creo que Char vuelva para el segundo turno —dijo Paula apenada, arreglando su largo cabello castaño detrás de las orejas—. No la encontré por ningún lado. Estaba a punto de preguntarle al portero si la había visto, cuando el inspector pasó llevándose a Nuria. ¡Ah, eso me recuerda! Hay algo más —agregó, el vapor de su café llegando hasta su mirada ambarina—. Cuando el inspector se la llevaba, Nuria dijo algo que me llamó la atención. Confesó haber puesto algo en el café de Erika, pero juraba que no había sido veneno. Dijo que fue un simple laxante.

Miro la miró sorprendido.

—¿En serio dijo eso?

Paula asintió lentamente.

—Annie estaba de testigo al lado mío mientras Nuria se lo decía al inspector. Dijo que había agarrado una botellita de etiqueta celeste del gabinete de la enfermería, pero no me pareció que él le creyera. Después de todo, el inspector le exigió que le mostrara la botella, y Nuria dijo que la había tenido en su mochila pero que había desaparecido en el recreo. Es todo muy extraño... No sé si Nuria esté mintiendo, pero el inspector también parecía dudar de que fuera Erika quien le pidió poner eso en el café. A decir verdad, es todo un poco improbable... aunque supongo que lo sabremos cuando Erika se salve.

—Si es que se salva —concluyó Miro, y él y Paula volvieron la vista hacia el calor del contenido de sus vasos.

Polo Levington se puso de pie.

—Ah, voy al baño —dijo, observando los rostros desorientados de los otros dos, y chequeó su reloj.

«*Aún queda algo de tiempo antes del inicio del segundo turno*», pensó Polo mientras salía del salón comedor. Caminó a lo largo del amplio pasillo de la planta baja y comenzó a subir las escaleras.

No podía borrar de su mente la discusión con Charlotte; ella realmente creía en la inocencia de Nuria.

«Si Nuria puso el veneno, aunque haya sido a pedido de otra persona, es igual de responsable, pero...»

Ahora había un nuevo elemento: la revelación de que era la propia Erika quien había hecho el pedido.

«Pero nadie pediría a otra persona que la envenenen. Es todo demasiado extraño... y más aún si sumamos esta nueva historia del laxante...»

Dobló en el pasillo del quinto piso y se frenó antes de llegar al baño.

Estaba frente a la enfermería.

Polo puso su mano en el picaporte y lo giró, pero la puerta no cedió. De pronto, unos pasos sonaron dentro de la habitación, seguidos por el ruido de una llave en la cerradura, y la enfermera Ruersett se asomó, mirándolo de arriba abajo y preguntándole qué necesitaba.

—¿Podría tomarme la presión? —dijo Polo—. Me siento un poco mareado, como si me hubieran golpeado en la cabeza o algo así...

—No sos el único —dijo ella mordazmente y le cedió el paso, yendo hacia el gabinete médico.

Polo echó un rápido vistazo a las puertas de vidrio del gabinete, que contenía pequeños frascos de medicamentos y suministros diversos. Contra la pared del gabinete, alcanzó a ver un espacio vacío.

La enfermera Ruersett abrió uno de los cajones con cerradura, que tenía un cartel que rezaba «No tocar», y sacó un tensiómetro. A continuación, hizo que Polo se sentara en la camilla y se arremangara.

—Debe ser la época del año —dijo Ruersett unos segundos después, mientras esperaba que el aparato midiera.

—¿A qué se refiere?

—A la presión arterial baja. Ayer una chica se desmayó en el pasillo —dijo, observando el monitor cuando el aparato marcó su resultado—. Pero vos estás perfecto, Levington. Mejor que yo. Si te sentís muy caído, puedo darte una aspirina, pero no le digas a los demás. Van a pensar que esto es un kiosco.

Polo le agradeció y se retiró. Cuando pasó junto al primer tacho de basura, tiró el medicamento dentro. A cada paso, su cabeza no paraba de elucubrar.

«Hay algo que no encaja... Si lo que Nuria vertió en el café a pedido de Erika fue un laxante, significa que esta quería gastar una broma. Pero no

tendría sentido que fuera una broma a ella misma. La señora Kesslehn mencionó dos cafés y a otra persona en esa mesa. ¿Era el café para la chica que estaba junto a Erika, esa supuesta chica de pelo corto que mencionó la empleada? Por otra parte, lo que realmente había en el café es veneno. De eso no hay duda: la Policía lo confirmó, y Erika casi se muere. ¿Quién lo puso ahí? ¿Y cómo?».

Un ruido repentino lo sobresaltó, haciéndolo doblar rápidamente y ocultarse detrás de la pared. La puerta de la oficina del director se abrió y el profesor suplente, Juan Langvier, salió caminando con un vaso de café en la mano. Previendo su trayecto hacia las escaleras, y en todo momento resguardado por la pared, Polo subió unos escalones hacia la terraza, los suficientes como para permanecer oculto en un nuevo ángulo muerto. Juan se detuvo por unos segundos frente al tacho de basura del pasillo, y arrojó el vaso de café; acto seguido, siguió su camino y se marchó escaleras abajo.

Polo suspiró.

No entendía muy bien qué lo había impulsado a hacer eso, pero había preferido no cruzarse con nadie que pudiera asociarlo con aquella misión a la enfermería. Nuevamente solo, dio unos pasos hasta el tacho y, con otro impulso que no pudo controlar, miró en su interior.

Por un momento su mente se detuvo, presa de la confusión.

Dentro del tacho antes vacío, además de la aspirina que él había tirado, había un vaso de café descartable —el mismo que Juan Langvier acababa de tirar—, pero lo que aturdió a Polo fue el detalle en el poliestireno.

Había punto negro marcado en su borde.

Su mente hizo la conexión al instante, trayendo otra pieza del rompecabezas a primer plano.

«Es exactamente igual al vaso que había en el tacho de basura del comedor anoche...»

Sin dudar, metió la mano en el tacho y lo extrajo. Lo contempló por un momento; la marca parecía haber sido hecha con una lapicera negra.

De pronto, el sonido de unos pasos lo sacó de sus cavilaciones y le hizo guardar rápidamente el vaso en el bolsillo del *blazer* de su uniforme.

Charlotte terminó de subir las escaleras a lo lejos y también se detuvo.

Se contemplaron en el silencio de la distancia. Luego, forzando la mirada baja, ella comenzó a caminar rápidamente en su dirección, tan solo dispuesta a pasar de largo. Polo chasqueó la lengua.

—Sobre lo de la terraza... —le dijo cuando la tuvo a su lado.

—Está bien, Polo —respondió ella parcamente.

—Cuando termine el turno tarde, me gustaría...

—No voy a quedarme al turno tarde.

«*Esto va a estar difícil*», pensó Polo. Hacía tiempo que no veía a Charlotte tan enfadada, y mucho menos con él.

—¿Pero, entonces...?

—Vine a pedirle a la enfermera Ruersett que me escriba una nota médica para irme —dijo la delegada.

Polo se percató de que Charlotte no tenía puesto el *blazer* del uniforme, ni la mochila para retirarse.

«¿*Será posible que...?*».

Ella siguió su camino.

—Fuiste a ver dónde llevaban a Nuria —dijo él.

Esto hizo que Charlotte se detuviera al instante. Su cabeza se giró levemente y, a través de su cabello dorado, le dirigió una aguda mirada.

—¿Y *qué* si lo hice? ¿Me vas a dar otro discurso sobre cómo sigo perdiendo el tiempo?

Polo suspiró.

—No... pero si lo que vas a hacer ahora es entrar a esa enfermería para ver si la historia del laxante es cierta, *sí* vas a estar perdiéndolo. Ya lo hice: Nuria no miente.

Charlotte se dio vuelta. Sus rasgos se ablandaron de pronto y el color volvió a su rostro.

—Parece que la lluvia paró —dijo Polo, viendo a través de una de las ventanas del pasillo.

—Sí... Espero que la terraza no esté demasiado mojada —respondió Charlotte con una cálida sonrisa.

SIETE



LA CHICA DEL CABELLO CORTO

Aunque el cielo seguía nublado, la terraza había lentamente comenzado a secarse. Levin y Charlotte, cuyos ojos habían recuperado su claridad habitual, descansaban uno al lado del otro con los brazos apoyados sobre la baranda; desde la puerta hasta su lugar, había quedado un trayecto de charcos acumulados que habían conseguido evitar.

—El inspector dijo que como Erika no está en condiciones de hablar, la historia de que ella orquestó todo es improbable —dijo Charlotte—. Nuria va a ser acusada de intento de homicidio... con la posibilidad de que escale a homicidio si Erika muere. No están dándole ni la más mínima importancia a la versión de Nuria, de que efectivamente agarró un laxante. Aunque esto último no me sorprende. —Suspiró—. No solo no ha aparecido ninguna botella de laxante, sino que el historial clínico de Erika y el estado en el que fue ingresada a terapia intensiva deberían ser suficientes para concluir que consumió veneno.

—Nosotros sabemos que Nuria sí agarró el laxante —dijo Levin—. Creo que esto es un poco más complejo de lo que esperaba, pero la inocencia de Nuria, al menos en lo que respecta al veneno, es segura. La ausencia de la botella con etiqueta celeste, ahí donde la enfermera Ruersett la ha guardado siempre, apunta en esa dirección. Solo alguien que la haya agarrado o intentado agarrar sabría el color de la etiqueta. Los medicamentos más peligrosos, en cambio, están guardados bajo llave en otro cajón con un cartel de «No tocar». Quienquiera que haya echado el veneno en ese café, lo trajo de afuera.

Charlotte le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Por qué hiciste eso?

Polo permaneció en silencio unos segundos antes de responder.

—Hace unos años sufrí un ataque de pánico en el recreo. Me desmayé y me llevaron a la enfermería. Creo que nunca te lo conté, pero así fue como me hice amigo de Miro. De casualidad me vio en el recreo y me ayudó. La cuestión es que me quedé un rato en la camilla y nunca pude olvidar los medicamentos que había en el gabinete, entre los que estaba la botellita de laxante de etiqueta celeste contra la pared del mueble. Simplemente fui a ver si esta seguía estando en su lugar y confirmé que ha desaparecido.

Charlotte sonrió levemente.

—Igual me refería a qué fue lo que te hizo cambiar de opinión. Pensé que no querías tener nada que ver con todo esto.

Polo contempló la ciudad que se expandía ante ellos. La *Buenos Aires Bright Coat High School* estaba a una cuadra de una de las principales arterias de la metrópolis; tenían una gran visual de las enormes torres de Buenos Aires a lo lejos, de las casas bajas junto al colegio, y de un amplio playón de estacionamiento público descubierto al otro lado de la calle.

—No estoy muy seguro —dijo.

—Disculpame por lo que te dije en la terraza... pero, el de ahora sí se parece más al Polo Levington que recuerdo. El que me ayudó cuando olvidé mis vitaminas en aquel partido de *basket*.

—Sobre eso... —comenzó él.

—Ya sé, ya sé. Otra vez vas a decir que no fue nada y que simplemente era cuestión de recordar dónde—

—Tu medicación no estaba en la cancha de *basket* —la interrumpió Polo—. Yo dije que la encontré ahí.

Charlotte lo miró sin comprender.

—Tus vitaminas estaban dentro del *locker* de Annie —dijo Polo, y los ojos dorados de Charlotte no se perdieron ni una sola palabra—. Lamento no habértelo dicho antes. Pensé que era un tema terminado y no quería que sufieras más. De hecho, al poco tiempo te volviste delegada, y las propias Annie y Erika comenzaron a integrarte a su grupo. Me pareció que era lo mejor. Pensé que el incidente había quedado atrás. Un mal recuerdo y nada más.

—Qué tonto —dijo ella con una triste sonrisa—. ¿Ojos que no ven, corazón que no siente?

—Ya te dije por qué me pareció que lo mejor era ocultártelo...

—No, no —interrumpió ella, y sus ojos buscaron los de él—: Qué tonto que fuiste al ir tan lejos por mí. Abrirle el *locker* a Annie... arriesgarte a que alguien te viera y te acusara de robar.

—Bueno, pensé que Annie lo tenía peor. Si me acusaba, se habría delatado por haber escondido tus vitaminas. Pensé que era ella la que estaba verdaderamente atrapada. ¿No te parece?

La sonrisa de Charlotte volvió a transmitir su calidez.

—¿Cómo lo hiciste? Annie siempre usó un candado de dígitos.

—Annie y yo tenemos nuestros *lockers* cerca, y una vez alcancé a ver los dígitos por un instante, de pasada y sin querer. Se ve que fue algo más que se me quedó grabado en la mente... —Y se apresuró a agregar—: Es que tengo buena memoria.

—Muy buena memoria, diría yo —dijo Charlotte—. Y tengo la sensación de que no es lo único que no me contaste. Sé que sufrís ataques de pánico. También sé que te gusta mucho el café, y que tus padres están viviendo en Mayfair, Inglaterra. Pero no sé si haya una conexión. ¿Intuyo que sí, y que las tres están relacionadas?

Polo permaneció en silencio. No era solo el amor por las novelas policiales: comenzaba a pensar que Charlotte verdaderamente tenía olfato para la investigación.

—Quizá en otro momento —dijo él—. Cuando lleguemos al fondo de todo esto...

Charlotte volvió a sonreír.

—Te diría de hacer una promesa, pero...

—No prometo nada.

—Eso —dijo Charlotte y sonrió burlona—. Tenía el presentimiento de que dirías eso.

La puerta de la terraza se abrió de golpe, sacándolos de su intimidad. La propia Annie, seguida por Paula y Miro, se acercó a paso firme hacia donde estaban.

—¿Qué son, una especie de equipo de investigación? —les dijo—. ¿No tienen nada mejor que hacer?

Charlotte le lanzó una rápida mirada a Paula, que estaba a punto de explicar la situación, cuando Annie volvió a hablar:

—Era yo la que estaba con Erika en el comedor cuando tomó el veneno.

Charlotte y Polo se quedaron congelados.

—Pero entonces... —dijo Charlotte, y las palabras se le escaparon de la boca—. Fuiste vos quien...

—No, no fui yo quien la envenenó —dijo Annie enfáticamente—. Pero quería que lo supieran por mí. Porque yo no tengo nada que ocultarle a nadie. De todas formas, me levanté y me fui al patio a atender una llamada. Cuando volví, Erika estaba inconsciente sobre la mesa. Temí que me acusaran, así que me fui, ¡pero fui yo quien llamó a la ambulancia con mi teléfono! Si yo no hubiera hecho esa llamada, ya estaría muerta.

Charlotte le dirigió una mirada dorada.

—¿Qué pasa, Charlotte? ¿No me creés?

—¿Y Nuria? —dijo la delegada, y su voz no tembló en lo más mínimo—. ¿Qué tiene ella que ver con todo esto?

—Yo qué sé.

—Annie, siempre te metés con Nuria.

—¿Y qué? —dijo Annie, y su ánimo comenzó a agriarse—. ¿Eso me convierte en responsable del envenenamiento?

—Lo hace si atentaron contra la persona equivocada —dijo Polo de pronto.

Annie entornó sus ojos furiosos hacia Polo Levington.

—¿Qué dijiste, enfermo?

Polo suspiró y miró con ojos calculadores a Annie.

—Es como si Nuria se hubiera confundido de vaso.

—¿Es eso lo que tratás de decir? ¿Que yo era el objetivo del veneno?

Paula y Charlotte se interpusieron entre ella y Polo.

—Ya basta, Annie —ordenó la delegada—. Polo está ayudándonos.

—¡Sí, ya lo creo! Metiéndose donde no debe, como siempre. ¡Sos un desperdicio de espacio, Levington! Un lagarto que se arrastra en las sombras cuando nadie lo ve, con una energía horrible que lleva a donde quiera que vaya. La energía de un muerto que camina.

Charlotte acortó la distancia entre ella y Annie, y sus ojos le dispararon una mirada envenenada que acompañó con palabras afiladas:

—Volvé a decir eso.

Annie pareció empezar a transpirar.

Miro rio y dio un paso hacia ellas.

—Si mal no recuerdo, Annie, ¿tu papá no es gerente de una empresa? —dijo, y parecía más ocupado en mirar el cielo azul que en cortar la pelea.

Annie se veía acorralada.

—¿Y qué hay con eso?

—Oh, nada importante. Sucede que esa empresa forma parte del conglomerado de mi familia —dijo él con una sonrisa—. Me pareció un detalle *divertido*.

Annie se detuvo en seco y se mordió el labio con fuerza.

—Están todos locos. ¡Son un grupo de *freaks*! —Y le dirigió una mirada fulminante a Paula—. Me sorprende que vos también te sumes a esta locura.

Paula palideció y vaciló por un momento en que su mirada apenas se desvió al suelo de cerámica, pero luego levantó la cabeza y rompió el silencio.

—Son mis amigos... y si son un grupo de *freaks*, entonces yo también lo soy.

Annie estalló en una carcajada.

—¡Qué facilidad que tienen para hacerme ver como la mala de la película! —dijo, pero su sonrisa sardónica lucía un tanto triste—. Justo a mí, que soy la única que fue a ese hospital a ver a Erika intubada; pero ¿saben qué? Yo ya estaba preparada para algo así. El profesor Langvier me lo dijo en la sala de espera: «Es en momentos como este cuando se ve la verdadera calidad de las personas». Y tiene toda la razón. ¡Ojalá consigan salvar a Nuria y ella los termine envenenando a ustedes cuatro también!

Con esto, dio media vuelta y se marchó dando un portazo.

—Miro, estuviste... —dijo Charlotte, sorprendida— bien. Aun así...

—Fue una broma —dijo Miro con un bostezo—. No tengo ni idea de dónde trabaja el padre de Annie, y tampoco tengo nada que ver con los negocios de mi familia. Recordé que el grupito de Annie, Emilia y Margo siempre estaba hablando de empresas. Insoportables.

Charlotte sonrió con un suspiro. Se fijó en Paula, que seguía un poco emocionada por lo que había vivido, y le dio un abrazo reconfortante.

—Si te sirve de consuelo, sos la menos *freak* de nuestro grupo.

Paula le devolvió una tímida sonrisa.

—Un misterio menos, ¿no? —le dijo Charlotte a Polo—. Ya sabemos quién es la chica de cabello corto que—

Pero se detuvo a mitad de la frase cuando vio la expresión de completo asombro en el rostro de Polo.

«¿Será posible que él...?», pensó. «No, pero no debería...»

Su mano extrajo el vaso de café con la marca negra del bolsillo de su blazer. Los otros tres lo miraron llenos de dudas, y Polo volvió en sí repentinamente, al notar la atención que le prestaban.

—Ah. No es nada... —dijo de pronto, y su mano estaba a punto de volver a guardar el vaso en el bolsillo, pero los dedos de Charlotte lo detuvieron, aferrándose suavemente a su muñeca.

—Está bien. Podés confiar en nosotros —dijo ella.

—Yo... —Las palabras de Polo salieron con dificultad, a la vez que su mente dividida intentaba darle forma a la nueva información—. Este vaso marcado... Creo que es de Erika. El vaso en el que se puso el veneno.

Los ojos de Miro y Paula se abrieron de par en par. Charlotte mantuvo su mirada concentrada, sin soltar a Polo.

—¿El arma homicida? ¿La sacaste del tacho del comedor anoche?

Polo negó lentamente con la cabeza.

—No, ese es el asunto. El profesor Langvier lo tiró hace un rato... en el tacho de basura del pasillo.

El rostro de Charlotte dejó entrever su repentina consternación.

—¿Ese hombre...?

—¿No acaba de decir Annie que habló con él en la sala de espera del hospital? —preguntó Miro—. ¿Fue a ver a Erika?

—Y también lo vimos anoche en el comedor —agregó Paula, arrastrando las palabras.

Como un eco lejano que se acercaba cada vez más, la campana del colegio anunció el regreso a clase, y aunque esto sacó a los cuatro de sus pensamientos por un momento, permanecieron en silencio —cuatro figuras inmóviles— durante unos segundos más.

—Volvamos a clase —dijo Charlotte, soltando a Polo—. No llamemos la atención con esto. Necesitamos pensarlo bien. Estaba convencida de que el asesino de la *Bright Coat* era uno de nuestros compañeros, pero...

La delegada se quedó sin palabras, pero dejó escapar un profundo suspiro que pareció cargado de alivio. Al menos eso es lo que le pareció a

Polo, que volvió a guardar el vaso en su bolsillo. Con su silencio, Paula y Miro les indicaron que también habían comenzado a pensar en nuevas posibilidades.

Charlotte abrió la puerta de la terraza y comenzaron a bajar discretamente los escalones para ir a clase, pero al llegar al descanso de la escalera, la delegada se detuvo bruscamente y Polo chocó con ella.

El Profesor Juan Langvier los esperaba con las manos en los bolsillos, de pie contra la pared frente a las escaleras.

—Ah, ustedes otra vez —dijo, dirigiéndoles una sonrisa acompañada de unos calculadores ojos azul oscuro—. Y veo que el alumno Levington también está acá. ¡Qué bueno! Porque necesito hablar con él. —Y agregó, como si fuera una orden—: *A solas*.

OCHO



EL PROFESOR SUPLENTE

La campana del colegio dejó de sonar, pero Charlotte, Polo, Miro y Paula permanecieron inmóviles en la escalera. Tras un momento que se vivió como una eternidad, Polo suspiró e intentó dar un paso, pero Charlotte le bloqueó el camino y bajó los escalones restantes hasta plantarse frente al profesor Juan Langvier. Sus fulminantes ojos café conectaron con los azul oscuros de Langvier, pero no consiguieron borrar la sonrisa del profesor.

—¿Sucedé algo, Señorita C.?

—Si tiene algo que decirle a Polo, puede decírselo delante de todos nosotros.

Langvier miró a las tres figuras que permanecían en la escalera y luego volvió sus ojos a Charlotte.

—Lo siento, pero no hay trato —dijo sencillamente.

Desconcertada por la respuesta, Charlotte le mantuvo la mirada.

—Entonces Polo no tiene por qué—

—Delegada Cuorelworth, ¿qué está haciendo fuera de clase? —dijo otra voz.

El director se asomó al descanso de la escalera, habiendo escuchado las voces. Al ver la congregación, agregó:

—¿Qué está pasando acá?

—¡Eso debería preguntárselo al profesor Langvier! —dijo Charlotte—. Desde el envenenamiento de Erika que está teniendo unas actitudes bastante sospechosas.

El director la miró preocupado, como si la delegada estuviera hablando en un idioma incomprensible.

—¡Pregúntele por el vaso que tenía en su poder! El vaso marcado con el que Erika fue envenenada.

La mirada del director se dirigió lentamente a Langvier, y este suspiró con labios ligeramente curvados.

—Ese vaso no estaba envenenado —dijo el director de pronto.

—¡Ya lo creo que no! —insistió Charlotte.

—Señorita Cuorelworth, le voy a pedir que se calme —dijo el director, deseando apagar cuanto antes el fuego de aquella escena—. Ese vaso marcado fue devuelto por el Inspector Vartona esta mañana. Lo sometieron a los análisis correspondientes y no se encontró ningún rastro de veneno en él.

«¿Qué? No puede ser...»

—¿Cómo que no? —dijo Charlotte—. ¡Pero si él lo llevaba encima!

—Yo le pedí que lo tirara.

Charlotte, que estaba a punto de decir algo más, se contuvo. No podía entender lo que estaba oyendo, y su rostro comenzó a ponerse cada vez más rojo. Los ojos de Langvier sonreían, y acompañaban el gesto que su boca nunca había borrado; parecían estar diciéndole a la delegada «*Buen intento... pero no*».

El director suspiró.

—¿Pueden volver todos a clase de una buena vez?

—Necesito hablar un minuto con el alumno Levington —dijo Juan Langvier, que en ningún momento había perdido su postura relajada ni sacado las manos de los bolsillos.

El director asintió sin más preguntas y se dio vuelta, pero al instante se percató de que ninguno de los otros tres lo seguía.

Polo apoyó una mano en el hombro de Charlotte y la hizo volver en sí.

—Vayan —les dijo.

Miro y Paula, confiando en Polo, se llevaron a Charlotte, que parecía haber recibido una paliza en un *ring*. Los tres siguieron al director.

Cuando quedaron solos, Juan y Polo se miraron por un momento, y los labios del profesor revelaron los dientes.

—La mirada de tu amiga tiene una impronta muy particular; *la de una detective* —dijo, y al ver que el comentario había tomado por sorpresa a

Polo, agregó—: Conozco gente que puede leer el significado de los ojos mucho mejor que yo, con solo una mirada, y sé que apreciarían lo mismo.

«¿De qué quería hablar?», pensó Polo.

—Incluso yo, sin tener esa capacidad de lectura —continuó el profesor—, puedo darme cuenta de que no tenés ni idea de por qué te frené acá.

Polo suspiró.

—¿De verdad está tan seguro?

Juan sonrió como si el comentario le hubiera gustado.

—Creo que cometió un error al charlar con Annie en el hospital —dijo Polo—. Lo cual es extraño porque, hasta este momento, nada apuntaba a usted. Pero supongo que hasta los mejores pueden cometer errores.

Juan Langvier rio, y se cruzó de brazos como si estuviera divirtiéndose.

—¿Entonces, Levington? ¿Sabés lo que viene?

Polo asintió.

—Me va a decir que me deje de joder, ¿no?

—¡Qué bien! Me gusta la gente que aprende rápido —dijo Langvier, acercándose a él, y sus ojos azules, mucho más oscuros que los de Polo, pasaron de la diversión a una extrema frialdad—. *Dejate de joder, Levington*. Podés llegar a lamentarlo. Pasale el mensaje a tu amiguita Cuorelworth y a los otros dos. El inspector considera que el envenenamiento de Erika Fausgerard ya es un caso cerrado.

Polo permaneció inmóvil. Ahora la autoridad de Langvier era completamente diferente a la que había desplegado en el aula. Podía intimidar con tan solo una sonrisa y con el cuerpo relajado, como si solo estuviera dando un consejo.

El profesor se guardó las manos en los bolsillos y comenzó a alejarse.

—Creo que la amenaza llegó un poco tarde —dijo Polo—. No falta mucho para que sepamos cómo fue que ocurrió todo.

Juan Langvier se detuvo y apenas giró la cabeza por sobre su hombro.

—La oscuridad reina a los pies del faro —dijo con otra leve sonrisa antes de continuar su lenta marcha—. Ah, y haceme el favor de deshacerte del vaso marcado que llevás en el bolsillo de tu *blazer*.

Polo se quedó helado, esperando a que desapareciera. No sabía si tirar el vaso y ceder así al juego psicológico de Langvier, o creer lo que el director había dicho sobre el veneno no encontrado. Polo sintió que, al igual que el

profesor del otro lado del pasillo, la confianza con la que consideraba sus propias palabras y pensamientos también había desaparecido.



—¡Maldición! Por favor, que atienda alguien —musitó Charlotte con el teléfono celular a la oreja.

Paula, Miro y Polo esperaban expectantes junto a ella en la vereda.

El turno tarde había concluido rápidamente; parecía que la algarabía y la jocosidad habían regresado ya a la clase. Nadie olvidaba que Erika aún estaba sufriendo, pero con la aprehensión y confesión de Nuria —que había ganado una dosis de ficción e incluía ahora el detalle de que había planeado envenenar también a toda la clase— parecía que todo había quedado sentenciado y terminado. Al menos así lo demostraban los violentos grafitis que le habían dejado de regalo en su pupitre.

Los únicos que no parecían creer que todos los cabos sueltos se habían atado eran Charlotte, Polo, Miro y Paula; y tal era la conexión entre ellos que, aunque no se miraron ni una sola vez durante toda la clase, al salir del colegio repitieron inmediatamente la caminata del día anterior.

—¿Quién habla?

La voz femenina del otro lado de la línea sobresaltó a Charlotte, que rápidamente puso el teléfono en altavoz. Miro y Paula se acercaron un poco más, y Polo agudizó su atención.

—¡Sí, buenas tardes! Soy Charlotte Cuorelworth, delegada de la clase de Literatura de 5.º A del profesor Bruetdler en la *Bright Coat*... —La respiración al otro lado les dio un mal presentimiento—. Eh... me preguntaba cuándo volvería a darnos clase el señor Bruetdler, para poder armar un plan de estudios que—

—No lo sé.

Los cuatro se miraron extrañados.

—¿No lo sabe? —dijo Charlotte—. ¿El profesor Bruetdler se encuentra bien?

Con un nuevo silencio, la mujer del otro lado evitó el dar una respuesta inmediata. Luego, pareció considerar cuidadosamente sus palabras y dijo:

—El colegio les informará.

Colgó.

Charlotte se quedó escuchando el tono muerto con la mirada perdida, y luego sus ojos cafés, que ya no brillaban tanto, se dirigieron primero a Miro y Paula, y luego a Polo, que le devolvió un gesto similar.

—Él le hizo algo —dijo Charlotte, guardando su celular—. Son demasiadas coincidencias. Este tipo, Juan Langvier, buscó acercarse a nosotros, a nuestra clase. Buscó acercarse a Erika.

—¿Pero por qué? —preguntó Miro—. ¿Y cómo fue que la envenenó sin estar en el comedor?

—No tengo ni idea de cómo, pero, ¿Erika es envenenada y este tipo aparece mágicamente y se lleva la evidencia? Acá hay gato encerrado, chicos.

La caminata se tornó lóbrega, y la hora azul volvió a encontrarlos cerca de la estación como el día anterior, pero con una total falta del aspecto lúdico. Polo notó que Charlotte parecía estar llegando a su límite; la delegada no lo admitía, pero la frustración había comenzado a impregnar sus palabras. Como un jugador de póker que espera una carta —la única que necesita— y esta no llega.

«*De póker no*», pensó Polo. «*Más bien de truco. Y estamos jugando juntos*».

En un momento dado, casi como aprovechando que Miro y Paula iban unos pasos por delante de ellos, Charlotte se acercó un poco más a Polo.

—¿Puedo preguntarte algo, a riesgo de sonar como una tonta?

Polo asintió, preguntándose qué se traía entre manos la delegada.

—¿Vos creés que los detectives siempre dicen la verdad?

Esto hizo que Polo se detuviera y la mirara. Ella le hizo un gesto para que siguiera caminando, asegurándose así de que no armaran una gran escena.

—¿Esto a qué viene? —preguntó él—. Si es por la historia de las vitaminas...

—Es solo algo que me ha estado molestando un poco. ¿Podés responder, Levin?

Polo suspiró.

—No *deberían*. Digo, si lo hicieran, eso podría terminar convirtiéndolos a ellos mismos en sospechosos también, ¿no?

Charlotte sonrió, ligeramente avergonzada.

—No lo había pensado.

—¿A qué viene la pregunta? No me digas que es por una de tus novelas...

La delegada se rio.

—Suerte en el examen de cine —fue todo lo que le dijo a Polo con una sonrisa genuina pero agotada, y él se percató de que habían llegado a la esquina donde las chicas solían despedirse—. Me da un poco de envidia que hayas podido entrar a la carrera de Realizador Cinematográfico sin haber terminado el secundario. ¿Vos qué pensás, Miro?

—¿Yo? Ni siquiera sé lo que voy a estudiar —dijo este—. Viajar un poco podría darme alguna idea. Cualquier cosa con tal de no involucrarme en los negocios de mi familia...

—Claro, viajar... —dijo Charlotte con una sonrisa burlona—. Parece que Paula y yo vamos a ser las únicas que sigan carreras empresariales. ¿No?

El comentario pareció tomar por sorpresa a Paula, que asintió.

Todos quedaron en reunirse al día siguiente, viernes. Pensaban que, si tenían que hacer algo, ese era el día. Dejar que llegara el fin de semana, con el colegio cerrado, era darle a Langvier la libertad de limpiar la escena en su totalidad, eliminando así cualquier elemento que ellos aún no hubieran captado. Por otra parte, la próxima semana era la última del secundario, y de todos modos ya casi no quedaba tiempo para encontrar las piezas que faltaban.

«*Porque algo falta*», pensó Polo. «*O hay algo que ya vi o escuché, y que aún no logro encajar en todo esto...*»

Charlotte y Paula se despidieron, y Polo y Miro las vieron partir; luego, retomaron su caminata por unas cuadras más. Polo no pudo sacarse de la cabeza las últimas palabras de la delegada.

«¿*Creerá que le estoy ocultando algo?*»

—¿Realmente creés que este profesor Langvier...? —preguntó Miro de la nada.

—Al menos la amenaza fue real.

—Mmm. —Miro se llevó las manos a la cabeza y caminó pensativo, mientras los faroles hacían alternar las luces y sombras en sus rasgos—. ¿Y si hubiera dos culpables?

—¿Un cómplice?

—Encajaría con lo que dijiste: autor material y autor intelectual —dijo Miro—. Imagina que Langvier esté confabulado con Annie. Los dos pueden haber manipulado a Erika para que Nuria quedara como culpable. Además, está el hecho de que Annie dejó escapar que se encontraron en el hospital. *Cómplices*. Sería una buena explicación de todo este embrollo. Annie habría logrado su objetivo mediante Nuria, y lo peor es que Nuria nunca sabría que fue ella.

—¿Es decir que Annie quería matar a Erika? —dijo Polo—. No lo sé. Parecían muy unidas...

—Quizá lo suficiente como para querer matarla.

Polo rio sardónicamente.

—Las amistades pueden ser engañosas —dijo Miro con otra sonrisa.

—Pero aún no tocaría el tema del laxante devenido en veneno —dijo Polo—. Si Nuria puso un laxante en el vaso, ¿cómo fue que se produjo el cambio? Y lo que es aún más complejo: ¿cómo es que el vaso marcado ni siquiera tenía rastros de veneno?

—Ahí me agarraste —dijo Miro y chasqueó la lengua—. Era solo una idea. Entonces estamos de vuelta en el problema inicial: solo estaban Erika, la chica de pelo corto, es decir Annie, y Nuria en aquel comedor. ¿Una de ellas lo hizo de alguna forma? Ah, pensar como un asesino es tan fastidioso, ¿no creés? ¡Es como si alguien nos hubiera envenenado a todos con todas estas hipótesis y conjeturas! —Suspiró, dándose por vencido—. Desde hace dos días que no podemos dejar de pensar en nada más que en esto. Al menos tenemos la certeza de que no somos los únicos pasándola mal. La posibilidad de que Erika se salve debe tener al culpable bajo una gran presión. Como un león acorralado. Y solo queda una semana de clases. Para bien o para mal.

Unos instantes después, llegaron a la esquina donde solían despedirse los jueves.

—Soy la persona menos indicada para decirte esto —dijo Miro—, pero mucha suerte con el examen de cine. No nos hagas quedar mal.

Polo asintió.

—Nos vemos mañana —dijo, y se despidieron de su clásica rutina de caminata escolar, con la seguridad de que la repetirían al día siguiente.

Ninguno de los dos sabía que esta había sido la última.

NUEVE



UN TOQUE DE ROJO

— **E**s la última vez que no estudio para uno de estos exámenes —dijo Marco, mientras soltaba la traba del trípode—. O sea, siempre dicen que Eralio es un buen profesor y que los exámenes con él son una pavada. Pero después llega el momento de la verdad y sentís que te envenenaron.

Polo casi dejó caer la luz Fresnel que estaba preparando; logró agarrarla con la yema de los dedos y lanzó un suspiro.

«Parece que ni siquiera acá voy a poder encontrar un antídoto...»

Estaba en un aula de estilo industrial con inmensas vigas en el techo y luces cenitales que hacían resplandecer el suelo de granito gris; a su alrededor había paredes de ladrillo con cortinas negras que se podían correr para crear un fondo infinito. A pocos metros de ellos estaba el escritorio negro del profesor, y detrás de él había pilas sobre pilas de sillas fabricadas con un metal igual de oscuro. Ese era todo el mobiliario del aula de prácticas de la universidad.

Él y Marco, habiendo sido los primeros en salir del examen del profesor de cine Eralio Campousé, habían sido encomendados con la tarea de preparar la cámara y un par de luces para un ejercicio grupal; sin embargo, a medida que habían terminado de rendir, los demás se escaparon al patio de la escuela a fumar, aprovechando que ellos dos habían quedado atrapados como víctimas del profesor.

—¿Qué pasa, Polo? ¿Te estoy aburriendo? —dijo Marco, al no recibir respuesta.

«Un poco...»

—No, no es eso —dijo Polo.

—Encima tenés el tupé de venir con ese uniforme escolar. ¡Qué bronca, cómo te envidio! Ir al colegio sin un solo problema, escribir críticas de películas para esa revista en la que escribís; eso último debe ser el cielo, digo, que te paguen por ver películas y dar una opinión. ¿No habrá un lugarcito para mí?

«*Con el Jefe Dinnegret, lo dudo...*»

—Cierto, Eralio dijo que preparemos también el DVD —agregó Marco de pronto, habiendo terminado con el trípode—. Dijo que pongamos la última práctica de la clase y que lo dejemos en pausa en el minuto diez. Trae el disco; yo preparo la TV —dijo, señalando el escritorio negro.

Polo rodeó el mueble de madera, abrió el primer cajón sin llave, y del oscuro interior sacó una caja de DVD completamente blanca. Luego, se acercó a la TV y al reproductor, y puso el disco.

—Ey, esa es la práctica del otro primer año —dijo Marco al ver la imagen en la pantalla. Luego, observó las manos de Polo—. ¿Qué agarraste?

—La caja blanca del cajón...

—¿Tiene la marca de nuestra clase?

—¿Marca de...?

Polo dio vuelta la caja, la analizó y se dio cuenta de que detrás de ella había una pequeña «A» dibujada con un marcador de fibra negro.

—Claro, empezaron a dibujarle nuestra letra al material. Pero qué raro... Esta es nuestra caja —dijo Marco y se acercó al cajón. Metió la mano y del fondo sacó otra caja completamente blanca—. ¿Había dos? —preguntó sorprendido, y al ver el DVD en el interior, comprobó que tampoco tenía etiqueta. Confundido, se acercó al reproductor, sacó el disco que Polo había puesto, e introdujo el suyo.

—¡Ahí está! Es este. Alguien intercambió los discos; qué descuidados. ¡Si incluso una de las cajas tiene la marca de nuestra clase! Bueno... supongo que la marca solo es útil si dentro se puede encontrar lo que promete; sino, no sirve para nada. Minuto diez, Polo. —Y luego de un momento sin respuesta, oyó un golpe en la mesa y volteó, sobresaltado.

El control remoto que Polo había tenido en sus manos se abrió por el impacto, mientras sus ojos azul zafiro permanecían clavados en la pantalla

del televisor, pero viendo otra cosa, ante la mirada perdida de Marco que se desvió hacia las pilas que rodaban por la mesa.

—Tengo que irme —dijo Polo—. Me acordé de algo.

—¿Así nomás? Todavía queda una hora de clase.

Polo asintió como si estuviera en trance y dejó a Marco completamente confundido en el aula, abandonado para terminar de preparar todo y rearmar el control remoto.

A toda velocidad, Polo bajó las escaleras de la universidad mientras chequeaba la hora en su reloj de pulsera, y salió a la calle oscura.

«*Tengo que llegar antes de que se vaya*», pensó mientras sus ojos buscaban entre las luces de los autos algún taxi vacío.



Cuando Polo Levington pagó al taxista, bajó rápidamente del auto, e ingresó a la *Bright Coat*, ya eran casi las ocho de la noche. El portero, a punto de rotar el turno de vigilancia con el guardia nocturno e irse a casa, lo miró con cierta desconfianza. Al fin y al cabo, esta vez no venía acompañado de Charlotte. Sin embargo, la repetida excusa de la billetera perdida, y la aclaración de que solo necesitaba unos minutos en el comedor para encontrarla, parecieron convencerlo —quizá simplemente no tenía ganas de discutir a esas horas— y lo dejó pasar.

Polo cruzó el silencioso pasillo del claro del establecimiento y, para su sorpresa, se encontró con que la puerta de vidrio del comedor volvía a estar abierta.

«*Esto significa que la señora Kesslehrn sigue en la cocina igual que anoche...*»

Con cuidado de no hacer ruido, y rodeado por las oscuras siluetas de las mesas y las sillas, se acercó sigilosamente al tacho de basura y miró dentro.

Su corazón dio un vuelco.

«*¡Maldición!*».

Polo agarró el contenedor con ambas manos y contempló la bolsa completamente vacía que había en su interior.

—¿Vas a meterte?

La voz procedente de la oscuridad lo sobresaltó. Esta vez, la puerta de la cocina no se había abierto en absoluto; el sonido había venido de las sombras detrás de él.

Cuando se giró lentamente, contempló a una joven de palidez fantasmal con el ceño fruncido y una escoba en la mano.

—¡Ah! —dijeron los dos al reconocerse.

Gabriela, como decía la pequeña placa blanca en su delantal negro, era la empleada de la cafetería del comedor.

—Si vas a querer un café, te tengo que decir que no —le aclaró un poco avergonzada, mientras abrazaba la escoba—. Es que ya se me hizo tarde y

—¿Qué pasó con la basura? La basura de ayer.

Gabriela lo miró sin comprender y parpadeó dos veces.

—La tiré —dijo, ahora perturbada por la idea de haber hecho algo mal.

—¿Dónde?

—Afuera... —Y cuando Polo dio un paso hacia la puerta de vidrio, ella agregó—: Pero la tiré por la mañana. Tengo que hacerlo. Sino, el tacho se llena. No es que puedo relajarme como hace la señora de limpieza con los baños fuera de servicio, que los revisa solo los viernes.

Polo estaba congelado con una mano en el vidrio.

«¡Fallé! Teníamos el vaso equivocado. Era en uno de los vasos limpios en donde había que buscar el veneno. Hasta podríamos haber encontrado alguna huella dactilar. Pero ahora... la evidencia se perdió para siempre».

Polo dejó escapar un suspiro derrotado que hizo que Gabriela hiciera una mueca de dolor.

—¿Hice algo mal? —dijo ella.

—Ah, no —dijo él, forzando una sonrisa—. No es nada.

Pero se dio cuenta de que la joven estaba al borde de las lágrimas.

«Lo único que me faltaba...»

—¡No, no, de verdad! —dijo él—. Te digo que está todo bien.

—¡Desde ayer que vengo metiendo la pata! —dijo ella tristemente, apretando la escoba—. Casi me acusan de envenenar a una alumna, y eso que les expliqué. ¡Pero el inspector creyó que le estaba gastando una broma, y la vieja Kesslehrn se rio! ¿De verdad es tan extraño que no pudiera ver bien por un problema con mis lentes de contacto? Para colmo, el pelo me molestaba en los ojos y me distraje unos minutos para atármelo.

De pronto, Polo se volteó y la miró directamente a los ojos, lo que hizo que ella se sobresaltara y agarrara la escoba aún con más fuerza.

—Gabriela, sos una genia —le dijo.

Dejándola sin palabras, con una expresión entre la confusión y la tímida euforia, Polo salió del comedor a toda velocidad. Pudo ver al portero a lo lejos viniendo en su dirección, pero Polo subió los escalones sin detenerse. El cansancio inmediato le indicó la poca actividad física que hacía, pero no había tiempo para frenar a tomar aire.

Al llegar al quinto piso, corrió a lo largo del pasillo, con los gritos del portero subiendo ahora las escaleras y resonando en el colegio vacío.

Pasando de largo por delante de las puertas de la enfermería y del aula, ingresó en el baño clausurado y, cuando se encendieron las luces automáticas, Polo abrió el tacho de basura y vació su contenido en el piso.

Tal como había dicho Gabriela, el personal de limpieza no había vaciado el tacho desde hacía una semana. Con los pasos del portero sonando cada vez más cerca, Polo hurgó cuidadosamente entre las toallas de papel desparramadas, sabiendo que esta era su última oportunidad.

De pronto, encontró lo que buscaba; también había visto ese color rojo el día anterior.

«*La marca en el vaso sin veneno...*»

«*La chica de pelo corto...*»

«*Aquel extraño comentario...*»

«*Y ese hábito del pasado...*»

—Ya está. Con esto, tengo toda la evidencia que necesito —dijo, como si se lo estuviera anunciando a un compañero de investigación—. Ya he resuelto todo el caso.

El portero lo llamó desde fuera del baño, habiendo visto la luz encendida, y Polo devolvió la basura al tacho. Cuando se quedó con una última toalla de papel en la mano, se detuvo. A través del espejo, pudo ver la telaraña del día anterior. Ahora estaba vacía; ¿quién sabía a dónde había ido su creadora, y qué nuevas víctimas estaban por venir? Sin pensarlo dos veces, Polo abrió la canilla y, tras mojar el papel, lo arrojó contra la telaraña, arrasando con ella. Satisfecho, levantó el papel y lo tiró al tacho con los demás.

Salió del baño disculpándose con cara de preocupación, y justificándose con sus ataques de pánico. El portero lo miró con desconfianza, dada la

falta de lógica de entrar en un baño fuera de servicio del quinto piso, pero no dijo nada y acompañó a Polo a la planta baja.

Gabriela aún permanecía de pie junto a la puerta abierta del comedor, inmóvil como Polo la había dejado.

—¿Encontraste lo que buscabas? —le preguntó tímidamente cuando los vio pasar.

Polo asintió, con una pequeña pero genuina sonrisa.

—Gracias, Gabriela. Hay una cosa más... —Y para sorpresa de la chica, dijo—: No me equivoco al pensar que tenés la llave del salón comedor en tu poder, ¿verdad?

DIEZ



EL SABOR DEL VENENO

Las luces del amanecer dieron contra la *Bright Coat* e iluminaron la figura solitaria sentada en la mesa donde Erika había sido envenenada; y aunque Polo Levington contemplaba el vapor que subía del café frente a él, sus ojos azules se elevaron al oír la puerta de vidrio. A la distancia saludó a Paula, que parecía orgullosa de haber llegado temprano.

—Buen día —dijo ella—. Es la primera vez que le gano a Charlotte en algo.

—Es difícil superar a la delegada —dijo Polo.

—Sí, aunque de Miro no me sorprende tanto —dijo Paula, mientras se sentaba frente a Polo.

—¿Querés un café? —preguntó él—. Gabriela, la empleada de la cafetería me dijo que le avise.

—No, estoy bien. Desayuné en casa. ¿Estás acá desde hace mucho?

—Unos quince minutos.

Paula chequeó su reloj.

—¿Tan temprano? Parece que lo que querés contarnos es verdaderamente importante.

Polo dio un sorbo a su vaso y dijo con mucha calma:

—Convoqué al asesino.

El rostro de Paula se transformó en una máscara de horror.

—¿Al profesor Langvier? —La mirada ámbar de la chica recorrió el espacio circundante, dándose cuenta de que aún estaban solos en el comedor.

—Me parece un final apropiado —continuó Polo—. Enfrentarlo y escuchar sus motivaciones. Eso es lo único que me falta descubrir.

—¿*Lo único*? Quiere decir que ya—

—Sí —interrumpió Polo—. Ya sé cómo logró envenenar a Erika.

—¡Entonces tenemos que llamar a Charlotte y a Miro cuanto antes! —dijo Paula—. Si el asesino llega antes que ellos—

—El asesino ya llegó.

Paula se quedó helada. Polo tan solo bebió otro sorbo de su café y volvió a apoyar el vaso. Su mirada no volvió a subir del poliestireno.

—Pero si los únicos que estamos acá somos... —comenzó ella, y no pudo evitar una risita—. No es muy gracioso, Polo. Si Charlotte y Miro vienen y te escuchan...

—Charlotte y Miro no van a venir. Vos sos la única a la que cité.

El cuerpo de Paula se tensó de golpe. Su tímida sonrisa no cambió en lo más mínimo, pero algo en sus ojos sí lo hizo.

—Vos fuiste quien echó el veneno en el vaso de Erika. Las usaste a las dos, ¿verdad? No solo a Nuria, *sino también a Erika*. Esto fue planeado entre ustedes dos para que Nuria le gastara una broma a Annie.

—Realmente, Polo... —dijo Paula, tras un tiempo muerto en el que pareció estar tratando de ver si le estaban jugando una broma—. No te conozco tanto como a Char, y no quiero ser descortés, pero me estás asustando un poco. No me digas que esas cosas que Annie decía de vos—

—El plan que Erika y vos tenían era que Nuria echara el laxante en el café de Annie —continuó Polo—. Por eso Erika fingió un desmayo frente a la enfermería antes del recreo; ella fue la alumna desmayada a la que se refirió la enfermera Ruersett. Nuria aprovechó la distracción de la enfermera, que dejó la puerta abierta, para agarrar la botellita de laxante del gabinete médico. Todo eso resultó a la perfección, pero lo que ni Nuria ni Erika sabían era que tu plan iba un poco más allá que el de ellas.

»Lo que Erika y vos tramaron fue algo sencillo: Erika lleva a Annie al comedor, se sientan y piden dos cafés. Nuria dibuja una marca con una lapicera en uno de los dos vasos y vierte el laxante en él sin que Gabriela en la cafetería se dé cuenta. Con esto, la tarea de Nuria está terminada y se marcha. Sin embargo, lo que tanto ella como Erika ignoraban era que vos pondrías veneno en el segundo vaso. Era contraintuitivo; el verdadero vaso

peligroso era el que no estaba marcado: el destinado a Erika, y por eso ella lo bebió con total confianza.

Paula suspiró y sus labios repentinamente se curvaron de forma macabra. Su tímida personalidad pareció devorada por la oscuridad de nuevos gestos y palabras.

—Dejame que te frene, para que no malgastes más saliva. Es una historia interesante, Polo, pero hay un agujero enorme en ella. La chica que sirvió los cafés dijo que, aparte de Erika, en el comedor solo vio a Nuria y a una chica de pelo corto: Annie. Vos mismo acabás de decir que estaba sentada junto a Erika. *No vio a nadie más*. Aparte de la chica en la cafetería y de la señora Kesslehrn en la cocina, ¡Erika, Nuria y Annie eran las únicas en este salón comedor!

—Olvidaste mencionar a la chica de pelo corto.

—Ya te dije que Annie—

—La chica de pelo corto en el comedor no era Annie. Eras vos.

Paula se quedó con la boca abierta. Sus ojos oscuros se dirigieron a su propio pelo largo y lacio, y luego mantuvieron una pulseada con los ojos azules de Polo sin palabras, como si el otro tuviera que darse cuenta de la estupidez que acababa de decir.

—Si me llamaste para hacerme perder el tiempo con tonterías, me voy —dijo y se movió para abandonar su asiento.

—Es cierto que Annie vino al comedor con Erika —continuó Polo—, pero ella no estuvo ahí todo el tiempo. Annie estaba con Erika cuando pidieron los dos cafés, sí, pero ella mismo dijo que se fue a atender una llamada. Fuiste vos quien la llamó; probablemente le hayas pedido que se acercara al patio. Fue en ese momento cuando, viendo que Nuria también se había marchado y aprovechando que Gabriela estaba distraída, te acercaste a la bandeja con el pelo atado y envenenaste el café sin marcar. Gabriela, sin embargo, alcanzó a verte cuando te ibas, pero por suerte para vos, ella estaba teniendo un problema con sus lentes de contacto. De ahí su confusión: al verte de espaldas y con el pelo atado, ella creyó que eras Annie.

—¡Qué completa tontería! —estalló Paula—. ¡Es físicamente imposible que yo estuviera en el comedor! Ya expliqué que Charlotte y yo estábamos en el aula porque ella me estaba ayudando con unos ejercicios de

matemáticas; ella misma dijo que ninguna de las dos nos movimos del aula para nada durante todo el recreo. ¿Recordás?

—La delegada mintió —dijo Polo secamente.

—¿Mintió? —Paula se rio a carcajadas—. Pensé que era tu amiga. ¿Ahora resulta que es una mentirosa y se inventó el hecho de que estuviéramos en el aula haciendo la tarea?

—Charlotte no mintió con el hecho de que estuvieran haciendo la tarea; mintió con el hecho de que no dejó su pupitre para nada durante todo el recreo. Ella *sí lo hizo*, y esa fue la ventana de tiempo que usaste para ir al comedor. Ella regresó al aula después de que vos lo hicieras y asumió que nunca te habías ido, aunque, claro, eso fue lo que le hiciste creer.

—¿Es decir que todo mi plan dependió de que Charlotte decidiera salir del aula en ese preciso momento?

—No había forma de que ella no lo hiciera. Después de todo, le pediste a Nuria que la citara en alguna otra parte del colegio para que le devolviera un libro que le había prestado. La excusa que usaste con Nuria puede haber sido que querías ser testigo de cuando Annie se tomara el laxante. Sin embargo, Nuria nunca se presentó a la cita con Charlotte, y por eso al día siguiente se disculpó por un libro que no pudo devolverle el día anterior.

—¿Tenés alguna prueba de esto? —dijo Paula, tanto con una actitud como con una voz venenosas—. ¿No es eso lo que se les pide a los policías y detectives? ¿*Hay algo*? ¿O es pura fantasía?

Polo metió la mano en el bolsillo del *blazer* de su uniforme y sacó un objeto que dejó sobre la mesa frente a Paula. Los ojos de su compañera de clase se abrieron de par en par y su cuerpo se alejó unos centímetros hacia atrás con un instintivo espasmo.

—No te preocupes —dijo Polo—. Ya no está envenenada.

Aun habiendo escuchado esas palabras, Paula ni siquiera intentó agarrar la gomita para pelo que yacía sobre la mesa. Ella parecía ahora el insecto inmóvil en el centro de una telaraña.

—La encontré en el tacho de basura del baño del quinto piso; solo lo limpian los viernes. Por lo tanto, la basura solo es recolectada previo al fin de semana. ¿No la querés de regreso? ¿O será que no sos capaz de tocarla porque no me creés?

»Tardé un poco en hacer la asociación porque nunca usás el pelo atado. Pero luego recordé que hubo una época en que sí lo hiciste. Vos misma me

lo comentaste, al recordar el partido de *basket* en el que había desaparecido la medicación de Charlotte. Ustedes dos solían atarse el pelo durante el primer año de primaria; eso me dio la idea de lo que había pasado en el comedor.

Paula permaneció inmóvil, con los brazos muertos a ambos lados de su cuerpo. No pudo evitar que la tensión en su rostro comenzara a ceder ni que sus perfectos gestos se resquebrajaran. Polo entonces extrajo de su uniforme una pequeña bolsa de plástico en la que se veían lo que parecían ser restos de sal, y la dejó sobre la mesa al lado de la otra evidencia.

—La gomita para pelo está limpia, pero era como temías: se le había adherido un poco de veneno. Fue un accidente, ¿no? Tenías que ser rápida para aprovechar el descuido de Gabriela, y en tu apuro por echar el veneno antes de que ella volviese a mirar, debés haber tenido un problema con el recipiente. ¿Te resultó difícil abrir la tapa en el bolsillo interno del *blazer* de tu uniforme? Creo que con eso manchaste tus dedos; luego de envenenar el vaso, cuando saliste del comedor, lo primero que hiciste por reflejo fue desatarte el pelo antes de que alguien te viera con el pelo atado, y fue ahí cuando manchaste la gomita sin querer.

»Ante el riesgo de seguir tocando otras partes del uniforme o de tu cuerpo, decidiste ir al baño del quinto piso, sabiendo que nadie va ahí porque está fuera de servicio, y te lavaste las manos después de tirar la gomita para pelo al tacho de basura. ¿Me equivoco? Quiero decir, podés negar todo esto si querés, pero no hay duda de que esta gomita roja para pelo es tuya. Recordé dónde la había visto: la estás usando en la foto de la oficina del director, esa en que estamos todos cuando entramos en la escuela primaria. Esa foto no miente.

Paula sonrió con un suspiro.

—*Desearía que sí lo hiciera.* Bueno, después de todo, yo dije que tenías buena memoria —dijo ella, aceptando la derrota y relajándose en su asiento—. Es como vos decís, yo envenené a la maldita de Erika. No podía soportarla más; siempre hablando con orgullo de los negocios de su familia, ignorando todas las vidas que su padre pisotea para sus propios fines. Pensé que el precio que merecía pagar era tener una hija menos, y el arsénico es extremadamente fácil de conseguir. Claro que es un problema si hay un accidente, como ya dijiste. Todas tus deducciones estuvieron acertadas, pero hay una cosa en la que *sí* te equivocaste: Charlotte regresó al aula antes que

yo. Y aun así, ella no dijo nada sobre eso. Qué irónico, ¿no? Con lo astuta que ella es y nunca pensó que yo podía ser la culpable.

—Sí que lo hizo.

Paula lo miró sin comprender.

—Ayer, cuando nos despedimos, estaba liberada —dijo Polo—. La aparición de Juan Langvier como sospechoso le hizo creer que ninguno de sus amigos era el culpable. Charlotte luchó con todas sus fuerzas para desviar su atención de los detalles que te señalaban. Sufría la *«tragedia del ojo observador»*; es cuando alguien se obsesiona tanto con una verdad subjetiva que es incapaz de percibir cualquier señal de la realidad que apunta a otra conclusión más lógica, una que no quiere oír. Por eso ni siquiera me reveló que no te vio en el aula. En cambio, me preguntó si los detectives mentían, y yo pensé que se refería a alguna novela o al inspector, pero se refería a ella misma y a su testimonio.

Paula sonrió tristemente.

—Char... No entiendo por qué no la citaste acá también. ¿Tenías miedo de estar equivocado?

—No —dijo Polo—. No había chance de estar equivocado.

—¿Entonces, por qué? Ella habría disfrutado tanto este momento—

—Si de verdad creés eso, entonces realmente no conocés a la delegada.

La frase resonó en Paula.

Polo se puso de pie, y ella lo miró desorientada. Paula dirigió su mirada hacia la puerta de vidrio, quizá esperando la entrada del inspector, pero no sucedió. Polo simplemente guardó las manos en los bolsillos del pantalón.

—Yo no soy un detective ni tampoco un policía. Solo quiero vivir sin más preocupaciones que las que ya tengo. Pero estoy cansado de este tipo de situaciones. Sé que si Erika se salva vas a volver a intentarlo, y ahora sé que tu motivación va más allá de una tontería de colegio. Así que esta fue mi forma de evitar que lo hagas. O que al menos lo pienses dos veces; reconsideralo.

Con esto, comenzó a marcharse, dejando a Paula sola en la mesa donde Erika Fausgerard había sido envenenada, como si estuviera pegada ahí.

«Es todo lo que puedo hacer», pensó él. *«Este tipo de cosas realmente no me incumben»*.

—No hay nada que reconsiderar.

Solo cuando Polo escuchó las palabras, a punto de abrir la puerta de vidrio, fue que vio en el reflejo su vaso con el resto de café en la mesa. Se giró rápidamente, pero fue demasiado tarde; Paula ya había abierto el *blazer* de su uniforme y vertido dentro del vaso el contenido de un pequeño recipiente, cuya tapa cayó al suelo del comedor y rodó hasta el zapato de Polo.

«¡Maldición!».

Y antes de que Polo pudiera alcanzarla, Paula se tomó todo el café de un solo trago. Su cuerpo reaccionó al instante, obligándola a llevarse una mano a la boca, que se desbordó de un rojo que acabó vomitando sobre la mesa. Polo se detuvo de inmediato, congelado por un terror primitivo.

El líquido escarlata comenzó a correr por la mesa y a caer en un filo hilo, mientras Paula se desplomaba y quedaba inmóvil. Polo se sintió desorientado, como si todo a su alrededor hubiera comenzado a moverse; como si estuviera en una telaraña que ahora lo tenía a *él* atrapado en su centro. Los vidrios de las paredes parecieron comprimir la habitación, acercándose hacia él y volviéndolo todo hermético. Sus pulmones se endurecieron, y empezó a sentir que estaba respirando dentro de una bóveda. Intentó calmarse; tenía que ayudar a Paula, pero su esfuerzo por inhalar y exhalar de forma controlada solo empeoró su hiperventilación. Dando un paso inestable, trató de aferrarse a una de las mesas, pero tropezó con el asiento y cayó de rodillas, jadeando ante el líquido rojo que continuaba su descenso hacia el charco en el piso.

«“No tengas miedo, no voy a lastimarte”».

«¡Ahora no, por favor!», pensó, pero las palabras de la mujer del pasado detonaron en su mente; un preludio maldito de las imágenes. La recordó arreglándose su largo y oscuro cabello, sonriéndole a nivel del suelo, dándole una falsa tranquilidad hasta que, de pronto, sintió el *clic* metálico del martillo del arma de fuego sobre su cabeza...

Polo Levington intentó pedir ayuda desde el salón comedor; le parecía oír unos pasos lejanos, pero su voz no salía de su garganta. Sus ojos se desviaron del cabello enredado de Paula, atrapado entre sus brazos por la forma en que había caído, y se fijó en el vaso de poliestireno volcado que había a su lado. La mezcla de café y veneno, un brebaje negro que burbujeaba blanco, se le figuró como la combinación de la vida y la muerte.

Este charco oscuro, furioso como un océano creciente, fue la última imagen que Polo contempló antes de desmayarse sobre el suelo del comedor.

ONCE



UN DÍA DE CLASE COMO CUALQUIER OTRO

Juan Langvier terminó de guardar sus pertenencias en la caja de cartón y dirigió una mirada a través de la solitaria oficina de profesores hacia la ventana. La pureza del cielo azul al otro lado del cristal, por algún motivo, consiguió entusiasmarlo.

—Nunca vi que rajaran tan rápido a un profesor —dijo la voz de un hombre desde la puerta.

Juan sonrió burlonamente.

—Era una suplencia —respondió—, que al final ni siquiera hacía falta.

—El tipo este que tienen como director me contó todo —dijo el hombre, y concluyó—: Felicidades.

—Ah, no fui yo. Fue... un *grupo de freaks*, o eso dirían ellos. Por cierto, lindo color. Te queda.

El enorme hombre atravesó el aula y se acercó a él, sentándose incómodamente en el diminuto borde de la ventana. Sin sacar las manos de los bolsillos de su gabardina *beige* nueva, miró por un momento a través de la ventana.

—Vartona está como loco —comenzó—. ¿Qué fue lo que dijo? Ah, sí. Algo así como: «Oíme una cosa, Dársena, decile a tu compañerito Gálviern que la Fuerza Policial de este país está cada día peor gracias a boludos como él que se meten en los casos ajenos». Yo agregaría que *gracias a boludos como Gálviern* se salvaron dos alumnos.

Gálviern sonrió.

—El chico solo tuvo un ataque de pánico y se desmayó. La chica sí estaba grave cuando los encontré, pero la ambulancia llegó a tiempo y

consiguieron drenarle el arsénico que había ingerido. Fue todo un milagro, sin duda.

Eduardo Dársena fijó sus oscuros ojos en su compañero.

—Lo que todavía no entiendo es qué hacías acá, de encubierto como profesor y encima sin decir nada. ¿Cuál era tu relación con la chica envenenada?

—Solo estaba haciéndole un favor a un amigo; su hijo forma parte de la clase. Él le debía al director del colegio algún tipo de favor, una deuda por algo del pasado. Y, bueno... las deudas están hechas para ser saldadas, y se puso en contacto con él ni bien se produjo el asunto. Como él no podía venir por estar del otro lado del Atlántico, me pidió que lo cubriera. Y acá estoy.

Gálviern le puso la tapa a la caja.

—Cuento con vos para que me cubras el día que yo esté del otro lado del Atlántico. En Francia, ponele —dijo Dársena.

—Sí, tocando las campanas en Notre Dame.

Los dos se rieron.

Gálviern metió la mano en el bolsillo del abrigo que colgaba de su silla y sacó una cajita en la que se leía «Silver Stars». Con un golpecito, extrajo un cigarrillo y lo puso en su boca.

—Qué va a ser. Un caso más, un día más en este mundo. ¿Querés? —le preguntó a Dársena, que chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—¿Nunca te vas a rendir? Sabés que no fumo.

—Lo bien que hacés —dijo Gálviern lúdicamente y sacó un encendedor descartable rojo del bolsillo de su abrigo—. Quiero ver si dentro de diez años seguís diciendo lo mismo.

—¿Diez años? ¿2022? Falta una eternidad. Quién sabe dónde vamos a estar. Quizá para entonces, ya habremos limpiado esta ciudad y yo esté semi-retirado, trabajando en seguridad privada.

—Dicen que paga mejor —dijo Gálviern y acercó el encendedor a la punta del cigarrillo, pero se detuvo—. Qué boludo... —agregó y guardó el encendedor, dejando solo el cigarrillo sin encender en su boca—. Casi se me olvida que estoy en un colegio.

Dársena se rio por lo bajo.

—Me dejé llevar por la inspiración —dijo Gálviern sin sacarse el cigarrillo de la boca—. ¿Sabés? Estos dos días me han dado la idea de una

posible investigación. Creo que te va a gustar. Involucra leones.

—¿Leones? —Dársena lo miró, intrigado.

Gálviern simplemente sonrió.

—En el auto te cuento —dijo, rodeando el escritorio y se puso la gabardina azul marino que reposaba en el respaldo de su silla. Dársena lo contempló por un momento y dejó escapar un imperceptible suspiro.

—Así que *un viejo amigo* —dijo como para sí mismo.

Gálviern levantó la caja de cartón con suma facilidad y volvió a mirar el cielo azul que demarcaban las amplias ventanas del aula vacía.

«Quizá esté acercándose el momento en que esta gabardina vuelva a cambiar de dueño», pensó.

Dársena se levantó del marco de la ventana al mismo tiempo que Gálviern se daba vuelta, y los dos abandonaron la habitación.



Como si la lobreguez de las dos jornadas anteriores hubiera quedado en el olvido —nada más que un mal sueño—, en el aula de 5.º A había un absoluto barullo previo a la clase; no podía decirse lo mismo de lo sucedido ese día, ya que era extremadamente difícil que alguien fuera a olvidar la doble noticia. Por un lado, Erika Fausgerard había recuperado el conocimiento, y con su explicación de los hechos, Nuria Casteviert había sido exonerada. Por otro lado, Paula Anderhoms, también consciente, había confesado ser la verdadera culpable del envenenamiento. Ilustrando esto, su pupitre vacío era el nuevo blanco de los grafitis con expresiones de odio y disgusto, mientras que el de Nuria volvía a estar prístino. Aquel circulo de *bullying* y violencia se transfería, pero nunca se terminaba: era la eterna telaraña que ningún colegio era capaz de limpiar.

Junto a la ventana, Charlotte y Miro contemplaban el aula con sentimientos encontrados: una amalgama de alivio y decepción.

—La empresa del padre de Erika era responsable de que el pequeño negocio de la familia de Paula tuviera que cerrar —reflexionó Charlotte—. Por culpa de eso, su familia la estaba pasando muy mal, por no hablar de que ella no iba a poder ir a la universidad que quería. Si lo hubiera sabido

antes, Paula... —La delegada chasqueó la lengua—. Supongo que, en el fondo, no es tan fácil llegar a conocer realmente a los demás.

Miro le dirigió una mirada de ojos grises relajados.

—Bueno, a Polo y a mí sí que nos conoces bien, ¿no? Algo es algo.

Charlotte se permitió una pequeña sonrisa. La delegada centró su atención en el otro foco de importancia, aunque solo para ellos, ya que nadie más parecía haberse percatado del cuarto pupitre vacío. Charlotte suspiró.

—Hablando de no decirnos nada y encarar esto por su cuenta... Si ese profesor suplente no nos hubiera contado todo antes de irse... —Hizo una pausa avergonzada al recordar al profesor Langvier—. Paula confesando todo delante de Polo, y Polo salvándola de suicidarse. Parece una de mis novelas. Ese afán de hacerlo todo solo, ¿y encima desaparece después de resolver el caso?

—Creo que siempre fue un clásico de él —dijo Miro—. Todo un detective.

Charlotte torció su boca en un gesto de disconformidad.

—Si fuera un poco más comunicativo, yo... —Desistió de completar su frase—. Supongo que se lo diré cuando lo veamos. Después de todo, aún tiene una promesa que cumplir —agregó en voz baja—. Al final, para alguien que te hace pensar que no le interesan demasiado los demás, creo que es gracias a él que este ambiente ha recuperado cierta apariencia de normalidad.

—Sí —dijo Miro—, nos dio el antídoto. Aunque es una lástima que nadie más parezca saberlo o querer creerlo.

Con el sonido de la campana, el señor Bruetdler, su profesor de Literatura, ingresó al aula y todos comenzaron a volver a sus lugares. Ante la insistente pregunta de Margo, el profesor argumentó que se había tomado dos días libres que el colegio le debía y que le habían obligado a utilizar, por un motivo no especificado y sin que se los descontaran de sus vacaciones.

Charlotte suspiró y le dirigió una mirada al pupitre vacío de Polo. De pronto, sin decir nada, agarró una lapicera del pupitre de Miro, se acercó al de Polo y escribió algo rápidamente.

—Quizá ahora quieran creerlo —dijo, lanzándole la lapicera de vuelta a Miro, que la atajó.

La delegada volvió a su propio lugar y se sentó para prestar atención a la clase.

Mientras el profesor pedía a todos que abrieran sus cuadernos donde los habían dejado antes de su ausencia, Miro se giró y le lanzó una mirada al pupitre que tenía detrás. El mensaje escrito en un costado lo hizo sonreír.

Gracias, Detective



EPÍLOGO: DE ESTE LADO DEL CRISTAL

Frente al amplio ventanal de vidrio, Polo Levington le echó un último vistazo a lo que alcanzaba a ver de Buenos Aires. Aún reconocía la belleza de su lugar natal, pero sabía que ya estaba impregnado de emociones negativas. Ahora comprendía por qué sus padres se habían marchado al distrito de Mayfair en Londres diez años atrás.

«2002, justo después de aquel caso. Qué tonto que fui al quedarme, creyendo que esta ciudad me debía algo». Reflexionó amargamente. *«Nunca pagó».*

Se arrepentía de haberse involucrado en el caso de la *Bright Coat*. Polo había recuperado el conocimiento en la enfermería apagada y creyó que el profesor Langvier tenía algo que ver; lo recordaba entre visiones levantándolo del suelo del comedor y diciéndole «Tu compañera se va a salvar». Pero todo eso ya importaba poco para Polo: ni bien se recuperó en la enfermería, huyó.

«No voy a volver a caer. No puedo caer en ese océano rojo. Nunca más».

Sin despedidas. Pensó en Charlotte y en Miro. Los llamaría, les contaría bien lo que había pasado. Quizá no lo entenderían, aunque la delegada sí se había acercado bastante a su verdad. Pero ellos tratarían de convencerlo de volver a Buenos Aires. Ellos no sabían que este era un lugar maldito para él y su familia; un imán para la desgracia. Era un sitio que gravitacionalmente parecía involucrarlo en aquellos asuntos donde la verdad y la mentira se tergiversaban... donde la multiplicidad de máscaras y la incertidumbre

interminable ya habían rozado el límite de su salud en dos ocasiones. Y él no estaba preparado para una tercera.

Después de todo, la tercera era la vencida, y no sabía si podría sobrevivir a ella.

«Es un verdadero fastidio».

Se dio vuelta con un suspiro, contemplando la sala de embarque del aeropuerto de Ezeiza. Abarrotada de gente y ruidosa, como lo debía estar el aula de la *Bright Coat* en ese mismo momento.

El mundo seguía girando.

El altavoz de la sala de embarque llamó a su número su vuelo. Polo agarró su valija y, tras presentar su pasaporte, caminó hacia el puente de embarque. Con sus ojos azul zafiro que no sabían si resplandecer o no, observó el cielo a través del filtro de vidrio.

«Diecisiete años de mi vida, y esto es lo último que veré de esta ciudad», pensó como última despedida. *«Adiós y hasta nunca, Buenos Aires»*.

Con las palabras ardiendo en su mente, subió al avión sin mirar atrás, y curiosamente recordó la pregunta que le había hecho Charlotte: *«¿Creés que los detectives siempre dicen la verdad?»*.

Si alguien, siete años después, hubiera escuchado los pensamientos de Polo Levington y su promesa de nunca volver a Buenos Aires, le habría dicho que mentía. Sin saberlo aún, dentro de siete años volvería a cruzar ese puente de embarque... pero en dirección contraria. Este viaje sería simplemente un entreacto en su vida.

El verdadero telón estaba a punto de levantarse.



POSTFACIO

La historia de Polo Levington continúa en el próximo libro principal de la serie de *Café Levin*.

Próximamente

AGRADECIMIENTOS

Gracias por haber leído esta novela corta de Café Levin, *La clase envenenada*.

Si te gustó este libro, por favor considerá dejar una reseña, ya que esto ayuda enormemente a que más personas se enteren de él y le den una oportunidad.

También podés unirte a mi lista de correos en
www.lucaspogrzebny.com.ar
para recibir una notificación cuando haya un nuevo lanzamiento.

¡Nos vemos en el próximo misterio!

ACERCA DEL AUTOR



Lucas Pogrzebny (también publicado como Lucas Porzebny) es un escritor de novelas de misterio, suspenso y *whodunit*. Su novela debut fue «*El aula perdida*», y entre sus obras se destacan las series de ficción detectivesca Café Levin («*La última crítica*» y «*La clase envenenada*») y de ficción gótica Rougemoon Noirchâteau («*Banquete de sombras*» y «*Celebración de penumbras*»).

Sus historias han sido elogiadas por el público y la crítica como «rompe moldes» de narrativa moderna con espíritu clásico y «piezas de relojería». En 2019 fue Preseleccionado en la Competencia de Misterio Corto Margery Allingham de la Crime Writers' Association (UK) y también fue Seleccionado en el Premio Itaú de Cuento Digital (AR) de 2018, por sus relatos «*La última bala de Amadeo Higgins*» y «*Nuestro juego nocturno*», respectivamente.

Antes de ser publicado se desempeñó como actor de teatro y publicidad, asistente de dirección teatral, jefe de escenario, jefe de sala, e iluminador y sonidista. En su

pasaje universitario egresó como Director y Productor de Medios Audiovisuales, y cursó una diplomatura en Criminalística y Criminología.

Es bilingüe en español e inglés, y nació en Buenos Aires, Argentina, donde va de café en café y de libro en libro, siempre escribiendo su próxima historia.

Podés ponerte en contacto con él en
mail@lucaspogrzebny.com

O para más información visitá:



OTROS LIBROS DE LUCAS POGRZEBNY

SERIE DE CAFÉ LEVIN

La última crítica

La clase envenenada

SERIE DE ROUGEMOON NOIRCHÂTEAU

Banquete de sombras

Celebración de penumbras

TÍTULOS ÚNICOS

El aula perdida

COLECCIONES DE CUENTOS

Night Hint (Solo en inglés)